

Sub terra

Cuadros Míneros * *

por * * * * *

Baldomero Lillo *



1904



Sub terra

Cuadros mineros

por

Baldomero Lillo

Santiago de Chile

Imprenta Moderna

1904

Imprenta Moderna
—
Santiago de Chile



LOS INVÁLIDOS

La estraccion de un caballo en la mina, acontecimiento no mui frecuente, habia agrupado alrededor del pique a los obre-ros que volcaban las carretillas en la can-cha i a los encargados de retornar las vacías i colocarlas en las jaulas.

Todos eran viejos, inútiles para los tra-bajos del interior de la mina, i aquel ca-ballo que despues de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábales la honda simpatía que se experimentaba por un viejo i leal amigo con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada.

A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando en la estrecha cantera con brazo entónces vigoroso, hundían de un solo golpe en el escondido filon el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el jeneroso bruto, que dócil e infatigable trotaba con su tren de vagonetas, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. I cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana paralizaba el impulso de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras con el teson inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca incommovible que desafía sus furores. X

Todos esperaban silenciosos la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo dentro o fuera de la mina i cuya última etapa sería el

estéril llano donde solo se percibían a trechos escuetos matorrales cubiertos de polvo, sin que una brizna de yerba, ni un árbol interrumpieran el gris uniforme i monótono del paisaje.

Nada mas tétrico que esa desolada llanura, reseca i polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa i pesada que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevacion del terreno alzábanse la cábria, las chimeneas i los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él una densa masa de humo negro flotaba pesadamente en el aire enrarecido, haciendo mas sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario.

Un calor sofocante subía de la tierra calcinada i el polvo de carbón sutil e impal-

pable adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que apoyados en sus carretillas saboreaban en silencio, el breve descanso que aquella maniobra les desparaba.

Tras los tres golpes reglamentarios las grandes poleas, en lo alto de la cábria, empezaron a jirar con lentitud, deslizándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran *tambor*, carrete jigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes i de pronto una masa oscura chorreando agua surjió rápida del negro pozo i se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendido en una red de gruesas cuerdas sujeta debajo de la jaula balanceábase sobre el abismo, con las patas abiertas i tiesas, un caballo negro. Mirado desde abajo en aquella grotesca postura asemejábase a una monstruosa araña recojida en el centro de su tela. Después de columpiarse un instante en el aire descendió suavemente al nivel de la plata-

forma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique i Diamante libre en un momento de sus ligaduras se alzó tembloroso sobre sus patas i se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente.


Como todos los que se emplean en las minas era un animal de pequeña alzada. La piel que ántes fué suave, lustrosa i negra como el azabache habia perdido su brillo acribillada por cicatrices sin cuento. Grandes grietas i heridas en supuracion señalaban el sitio de los arreos de tiro i los corvejones ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello i huesudas aucas no conservaba ni un resto de la gallardía i esbeltez pasadas i las crines de la cola habian casi desaparecido arrancadas por el látigo cuya sangrienta huella se veia aun fresca en el hundido lomo.

Los obreros lo miraban con sorpresa do-

lorosa. ¡Qué cambio se habia operado en el brioso bruto que ellos habian conocido! Aquello era solo un pingajo de carne nauseabunda buena para pasto de buitres i gallinazos. I mientras el caballo cegado por la luz del medio dia permanecia con la cabeza baja e inmóvil, el mas viejo de los mineros, enderezando el anguloso cuerpo paseó una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero de líneas firmes i correctas habia una espresion de gravedad soñadora i sus ojos donde parecia haberse refugiado la vida, iban i venian del caballo al grupo silencioso de sus camaradas, ruinas vivientes que, como máquinas inútiles, la mina lanzaba de cuando en cuando, desde sus hondas profundidades.

Los viejos miraban con curiosidad a su compañero aguardando uno de esos discursos estraños e incomprensibles que brotaban a veces de los labios del minero a quien consideraban como poseedor de una

gran cultura intelectual, pues siempre habia en los bolsillos de su blusa algun libro desencuadernado i sucio cuya lectura absorvia sus horas de reposo i del cual tomaba aquellas frases i términos ininteligibles para sus oyentes.

Su semblante de ordinario resignado i dulce se trasfiguraba al comentar las torturas e ignominias de los pobres i su palabra adquiria entonces la entonacion del inspirado i del apóstol. 

El anciano permaneció un instante en actitud reflexiva i luego pasando el brazo por el cuello del inválido jamelgo, con voz grave i vibrante como si arengase a una muchedumbre exclamó:

¡Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distincion entre el hombre i la bestia. Agotadas las fuerzas la mina nos arroja como la araña arroja fuera de su tela el cuerpo exangüe de la mosca

que le sirvió de alimento! ¡Camaradas, este bruto es la imájen de nuestra vida. Como él callamos, sufriendo resignado nuestro destino! I, sin embargo, nuestra fuerza i poder son tan inmensos que nada bajo el sol resistiria su empuje. Si todos los oprimidos con las manos atadas a la espalda marchásemos contra nuestros opresores cuan presto quebrantaríamos el orgullo de los que hoi beben nuestra sangre i chupan hasta la médula de nuestros huesos. Los aventaríamos, en la primer enbestida, como un puñado de paja que dispersa el huracan. ¡Son tan pocos, es su hueste tan mezquina ante el ejército innumerable de nuestros hermanos que pueblan los talleres, las campiñas i las entrañas de la tierra!

A medida que hablaba animábase el rostro caduco del minero, sus ojos lanzaban llamas i su cuerpo temblaba preso de intensa excitacion. Con la cabeza echada atras i la mirada perdida en el vacío parecia di-

visar allá en lontananza la gigantesca ola humana, avanzando a travez de los campos con la desatentada carrera del mar que hubiera traspasado sus barreras seculares. Como ante el océano que arrastra el grano de arena i derriba las montañas, todo se derrumbaba al choque formidable de aquellas famélicas lejiones que tremolando el harapo como bandera de esterminio reducian a cenizas los palacios i los templos, esas moradas donde el egoismo i la soberbia han dictado las inicuas leyes que han hecho de la inmensa mayoria de los hombres seres semejantes a las bestias: Sísifos condenados a una tarea eterna los miserables bregan i se ajitan sin que una chispa de luz intelectual rasgue las tinieblas de sus cerebros de esclavos donde la idea, esa simiente divina, no jermínará jamas.

Los obreros clavaban en el anciano sus inquietas pupilas en las que brillaba la desconfianza temerosa de la bestia que se aven-

tura en una senda desconocida. Para esas almas muertas cada idea nueva era una blasfemia contra el credo de servidumbre que les habian legado sus abuelos, i en aquel camarada cuyas palabras entusiasaban a la jente jóven de la mina, solo veian un espíritu inquieto i temerario, un desequilibrado que osaba rebelarse contra las leyes inmutables del destino.

I cuando la silueta del capataz se destacó, viniendo hacia ellos, en el extremo de la cancha, cada cual se apresuró a empujar su carretilla mezclándose el crujir de las secas articulaciones al estirar los cansados miembros con el chirrido de las ruedas que resbalaban sobre los rieles.

El viejo, con los ojos húmedos i brillantes, vió alejarse ese rebaño miserable i luego tomando entre sus manos la descarnada cabeza del caballo acariciole las escasas crines, murmurando a media voz:

—Adios amigo, nada tienes que envi-

diarnos. Como tú caminamos agobiados por una carga que una leve sacudida haría deslizarse de nuestros hombros, pero que nos obstinamos en sostener hasta la muerte. I encorvándose sobre su carretilla se alejó pausadamente economizando sus fuerzas de luchador vencido por el trabajo i la vejez.

El caballo permaneció en el mismo sitio inmóvil, sin cambiar de postura. El acomasado i lánguido vaiven de sus orejas i el movimiento de los párpados eran los únicos signos de vida de aquel cuerpo lleno de lacras i protuberancias asquerosas. Deslumbrado i ciego por la vívida claridad que la transparencia del aire hacia mas radiante e intensa, agachó la cabeza, buscando entre sus patas delanteras un refugio contra las luminosos saetas que herian sus pupilas de nictálope, incapaces de soportar otra luz que la débil i mortecina de las lámparas de seguridad.

Pero aquel resplandor estaba en todas

partes i penetraba victorioso a traves de sus caídos párpados, cegándolo cada vez mas; atontado dió algunos pasos hacia adelante i su cabeza chocó contra la valla de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo i enderezando las orejas, olfateó el muro, lanzando breves resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida i nuevos obstáculos se interpusieron a su paso; iba i venia entre las pilas de madera, las vagonetas i las vigas de la cábria como un ciego que ha perdido su lazarillo. Al andar levantaba los cascos doblando los jarretes como si caminase aun entre las traviesas de la via de un túnel de arrastre; i un enjambre de moscas que zumbaba a su alrededor sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel i el febril volteo del desnudo rabo, acosábalo encarnizadamente, multiplicando sus feroces ataques.

Por su cerebro de bestia debia cruzar la

vaga idea de que estaba en un rincón de la mina que aun no conocía i donde un impenetrable velo rojo ocultaba los objetos que le eran familiares.

Su estadía allí terminó bien pronto: un caballerizo se presentó con un rollo de cuerdas debajo del brazo i yendo en derecha hacia él, lo ató por el cuello i tirando del ronzal, tomó seguido del caballo la carretera cuya negra cinta iba a perderse en la abrasada llanura que dilataba por todas partes su árida superficie hasta el límite del horizonte.

Diamante cojeaba atrozmente, i por su vieja i oscura piel corría un estremecimiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol, que desde la comba azulada de los cielos parecía complacerse en alumbrar aquel andrajo de carne palpitante para que pudieran sin duda distinguirlo los voraces buitres que, como puntos casi imperceptibles perdidos en el vacío, acecha-

ban ya aquella presa que les deparaba su buena estrella.

El conductor se detuvo al borde de una depresion del terreno. Deshizo el nudo que oprimia el flácido cuello del prisionero i dándole una fuerte palmada en el anca para obligarlo a continuar adelante, dió media vuelta i se marchó por donde habia venido.

Aquella hondonada era cubierta por una capa de agua en la época de las lluvias, pero los calores del estío la evaporában rápidamente. En las partes bajas conservábase algun resto de humedad donde crecian pequeños arbustos espinosos i uno que otro manojito de yerba reseca i polvorienta. En sitios ocultos habia diminutas chacras ^{HC} de agua cenagosa, pero inaccesibles para cualquier animal por ágil i vigoroso que fuese.

Diamante, acosado por el hambre i la sed, anduvo un corto trecho, aspirando el aire

ruidosamente. De vez en cuando ponía los belfos en contacto con la arena i resoplaba con fuerza, levantando nubes de polvo blanquecino a traves de las capas inferiores del aire que sobre aquel suelo de fuego parecian estar en ebullicion.

Su ceguera no disminuía i sus pupilas contraídas bajo sus parpados solo percibian aquella intensa llama roja que habia sustituido en su cerebro a la vision ya lejana de las sombras de la mina.

De súbito rasgó el aire un penetrante zumbido al que siguió inmediatamente un relincho de dolor i el mísero rocin dando bruscos saltos se puso a correr con la celeridad que sus deformes patas i débiles fuerzas le permitian a traves de los matorrales i depresiones del terreno. Encima de él revoloteaban una decena de grandes tábanos de las arenas.

Aquellos feroces enemigos no le daban tregua i mui pronto tropezó en una ancha

grieta i su cuerpo quedó como incrustado en la hendidura. Hizo algunos inútiles esfuerzos para levantarse i convencido de su impotencia estiró el cuello i se resignó con la pasividad del bruto a que la muerte pusiese fin a los dolores de su carne atormentada.

Los tábanos, hartos de sangre, cesaron en sus ataques i lanzando de sus alas i coseletes destellos de pedrería hendieron la cálida atmósfera i desaparecieron como flechas de oro en el azul espléndido del cielo cuya nítida transparencia no empañaba el más ténue jiron de bruma.

Algunas sombras, deslizándose a raíz del suelo, empezaron a trazar círculos concéntricos en derredor del caído. Allá arriba cerníase en el aire una veintena de grandes aves negras destacándose del pesado aletear de los gallinazos el porte majestuoso de los buitres que con las alas abiertas e inmóviles, describian inmensas espi-

rales que iban estrechando lentamente en torno del cuerpo exánime del caballo.

Por todos los puntos del horizonte aparecian manchas oscuras: eran rezagados que acudian a todo batir de alas al festin que les esperaba.

Entretanto el sol marchaba rapidamente a su ocaso. El gris de la llanura tomaba a cada instante tintes mas opacos i sombrios. En la mina habian cesado las faenas i los mineros como los esclavos de la ergástula abandonaban sus lóbregos agujeros. Allá abajo se amontonában en el ascensor formando una masa compacta, un nudo de cabezas, de piernas i de brazos entrelazados que fuera del pique se deshacia trabajosamente, convirtiéndose en una larga columna que caminaba silenciosa por la carretera en direccion de las lejanas habitaciones.

El anciano carretillero, sentado en su vagoneta, contemplaba desde la cancha el

desfile de los obreros cuyos torsos encorvados parecían sentir aun el roce aplastador de la roca en las bajísimas galerías. De pronto se levantó i mientras el toque de retiro de la campana de señales resbalaba claro i vibrante en la serena atmósfera de la campiña desierta, el viejo, con pesado i lento andar, fué a engrosar las filas de aquellos galeotes cuyas vidas tienen ménos valor para sus explotadores que uno solo de los trozos de ese mineral que, como un negro rio, fluye inagotable del corazón del venero.

En la mina todo era paz i silencio, no se sentía otro rumor que el sordo i acompasado de los pasos de los obreros que se alejaban. La oscuridad crecía i allá arriba en la inmensa cúpula brotaban millares de estrellas cuyos blancos opalinos i purpúreos resplandores, lucían con creciente intensidad en el crepúsculo que envolvía la tierra, sumerjida ya en las sombras precursoras de las tinieblas de la noche.



LA COMPUERTA NUMERO 12

Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos i el piso que huía debajo de sus pies le producía una estraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura habia entrevisto al penetrar en la jaula, i sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso sin trepidación ni mas ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse i a sus débiles destellos se delineaban vaga-

mente en la penumbra las hendiduras i partes salientes de la roca: una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto.

Pasado un minuto, la velocidad disminuyó bruscamente, los pies asentáronse con mas solidez en el piso fujitivo i el pesado armazon de hierro, con un áspero rechinar de goznes i de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño i juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar i el movimiento de la mina no empezaba aun. De la galeria bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, solo se distinguia parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecian invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta i lóbrega escavacion.

A cuarenta metros del pique se detuvie-

ron ante una especie de gruta escavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollin, colgaba un candil de hoja de lata cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada i llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años hacia anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacia resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza i fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumision i de respeto:

—Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miembros i la infantil inconciencia del moreno rostro en el que brillaban dos ojos mui abiertos como de medroza bestezuela, lo impresionaron

desfavorablemente, i su corazon endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida a la vista de aquel pequeñuelo arrancado a sus juegos infantiles i condenado, como tantas infelices criaturas a languidecer miserablemente en las húmedas galerias, junto a las puertas de ventilacion. Las duras líneas de su rostro se suavizaron i con finjida aspezeza le dijo al viejo que mui inquieto por aquel exámen fijaba en él una ansiosa mirada:

¡Hombre! este muchacho es todavia mui débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?

—Si, señor.

—Pues debias tener lástima de sus pocos años i antes de enterrarlo aquí enviarlo a la escuela por algun tiempo.

Señor, balbuceó la voz ruda del minero en la que vibraba un acento de dolorosa súplica, somos seis en casa i uno solo el que trabaja, Pablo cumplió ya los ocho años i

debe ganar el pan que come i, como hijo de mineros, su oficio será el de sus mayores que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz opaca i temblorosa se estinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos imploraban con tal insistencia, que el capataz vencido por aquel mudo ruego llevó a sus labios un silbato i arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyose un rumor de pasos precipitados i una oscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta.

—Juan, exclamó el hombrecillo, dirijiéndose al recién llegado, lleva este chico a la compuerta número doce, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

I volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole con tono duro i severo:

—He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimun diario que se exige de cada barretero. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro mas activo.

I haciendo con la diestra un ademan enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos i el rumor de sus pisadas fué alejándose poco a poco en la oscura galeria. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guia, un hombre jóven aun, iba delante i mas atras con el pequeño Pablo de la mano seguia el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz i la amenaza en ellas contenida habian llenado de angustia su corazon. Desde algun tiempo

su decadencia era visible para todos, cada día se acercaba mas el fatal lindero que una vez trapasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. En balde desde el amanecer hasta la noche durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha *labor*, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filon inagotable que tantas jeneraciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz i sin tregua convertia mui pronto en viejos decrepitos a los mas jóvenes i vigorosos. Allí en la lóbrega madriguera húmeda i estrecha, encorvábanse las espaldas i aflojábanse los músculos i, como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vista de la vara, los viejos mineros cada mañana sentian tiritar sus carnes al contacto de la vena. Pero el hambre es aguijon mas eficaz que el látigo i la espuela, i reanudaban taciturnos la

tarea agobiadora i la veta entera acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detencion del guia arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella direccion, i en el suelo arrimado a la pared habia un bulto pequeño cuyos contornos se destacaron confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años acurrucado en un hueco de la muralla.

Con los codos en las rodillas i el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que traspusieron el umbral i lo dejaron de nuevo sumido en la oscuridad. Sus ojos abiertos, sin espresion, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos talvez, en

la contemplacion de un panorama imaginario que, como el miraje del desierto, atraia sus pupilas sedientas de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del dia.

Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro sumerjido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que ahogó para siempre en él la inquieta i grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan el alma que los comprende una amargura infinita i un sentimiento de execracion acerbo por el egoismo i la cobardia humanos.

Los dos hombres i el niño despues de caminar algun tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galeria de arrastre de cuya techumbre caia una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido sordo i lejano, como si un martillo giganteo golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a interva-

los. Aquel rumor, cuyo oríjen Pablo no acertaba a esplicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aun un corto trecho i se encontraron por fin delante de la compuerta número doce.

—Aquí es, dijo el guia, deteniéndose junto a la hoja de tablas que jiraba sujeta a un marco de madera incrustado en la roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apénas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se esplicaba ese alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, despues de cambiar entre sí algunas palabras breves i rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad i empeño el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió i cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre que temia que las fuerzas de su

hijo no bastasen para aquel trabajo.

El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculta cabellera de su primojénito, quien hasta allí no habia demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginacion impresionada por aquel espectáculo nuevo i desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecíale a veces que estaba en un cuarto a oscuras i creia ver a cada instante abrirse una ventana i entrar por ella los brillantes rayos del sol, i aunque su inesperto corazoncillo no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos i caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza.

Una luz brilló a lo lejos en la galería i luego se oyó el chirrido de las ruedas sobre la via, miéntras un trote pesado i rápido hacia retumbar el suelo.

—¡Es la corrida!—esclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Pronto, Pablo, dijo el viejo, a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño con los puños apretados apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso i jadeante, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros se miraron satisfechos. El novato era ya un portero experimentado i el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle zalameramente: él no era ya un chicuelo, como los que quedaban allá arriba que lloran por nada i estan siempre cojidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada ménos que un obrero, es decir, un camarada a quien habia que tratar como tal. I en breves frases le dió a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues habia en la mina muchísimos otros de su edad,

desempeñando el mismo trabajo; que él estaba cerca i vendria a verlo de cuando en cuando i una vez terminada la faena, regresarian juntos á casa.

Pablo oia aquello con espanto creciente i por toda respuesta se cojió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entónces no se habia dado cuenta exacta de lo que se exijia de él. El jiro inesperado que tomaba lo que creyó un simple paseo, le produjo un miedo cervical i dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre i a sus hermanos i de encontrarse otra vez a la claridad del dia, solo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un ¡vamos! quejumbroso i lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencian i el ¡vamos padre! brotaba de sus labios cada vez mas dolorido i apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero; pero al ver aquellos

ojos llenos de lágrimas, desolados i suplicantes levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita: ¡era todavía tan débil i pequeño! I el amor paternal adormecido en lo íntimo de su sér recobró de súbito su fuerza avasalladora.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajos i sufrimientos se presentó de repente a su imaginacion, i con honda congoja comprobó que de aquella labor inmensa solo le restaba un cuerpo exhausto que talvez mui pronto arrojarían de la mina como un estorbo, i al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese mónstruo insaciable, que arrancaba del regazo de las madres los hijos apénas crecidos para convertirlos en esos parias, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo i las caricias de la roca en las inclinadas galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelion que empezaba a jerminal en él se estinguió re-
pentinamente ante el recuerdo de su pobre
hogar i de los seres hambrientos i desn-
dos de los que era el único sosten i su vieja
esperiencia le demostró lo insensato de su
quimera. La mina no soltaba nunca al que
habia cojido i como eslabones nuevos que
se sustituyen a los viejos i gastados de una
cadena sin fin, allí abajo, los hijos sucedían
a los padres i en el hondo pozo el subir i
bajar de aquella marea viviente no se inte-
rumpia jamas. Los pequeñuelos respirando
el aire empozoñado de la mina crecian ra-
quíticos, débiles, paliduchos, pero habia que
resignarse, pues para eso habian nacido.

I con resuelto ademan el viejo desenro-
lló de su cintura una cuerda delgada i fuer-
te i a pesar de la resistencia i súplicas del
niño lo ató con ella por mitad del cuerpo i
aseguró, en seguida, la otra estremidad en
un grueso perno incrustado en la roca. Tro-

zos de cordel adheridos a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La criatura medio muerta de terror lanzaba gritos penetrantes de pavorosa angustia i hubo que emplear la violencia para arrancarla de entre las piernas del padre, a las que se habia asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos i clamores llenaban la galeria, sin que la tierna víctima, mas desdichada que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen i la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba, tenian acentos tan desgarradores, tan hondos i vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolucion. Mas, aquel desfallecimiento solo duró un instante, i tapándose los oidos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de

aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante, i escuchó: una vocecilla ténue como un soplo clamaba allá mui léjos, debilitada por la distancia: ¡Madre! Madre!

Entónces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vajido i no se detuvo sino cuando se halló delante de la vena, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira i, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caian los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, i el diente de acero se hundia en aquella masa negra i brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, miéntras un polvo espeso cubria como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbon volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello i el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclá-

banse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándola con el afan del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta i fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire i de libertad.





EL GRISÚ

En el pique se había paralizado el movimiento. Los tumbadores fumaban silenciosamente entre las hileras de vagonetas vacías, i el capataz mayor de la mina, un hombrecillo flaco, cuyo rostro rapado, de pómulos salientes, revelaba firmeza i astucia, aguardaba de pié con su linterna encendida junto al ascensor inmóvil. En lo alto el sol resplandecía en un cielo sin nubes i una brisa lijera que soplabá de la costa traía en sus ondas invisibles las salobres emanaciones del Océano.

De improvisó el ingeniero apareció en la puerta de entrada i se adelantó haciendo

resonar bajo sus pies las metálicas planchas de la plataforma. Vestia un traje impermeable i llevaba en la diestra una linterna. Sin dignarse contestar el tímido saludo del capataz penetró en la jaula seguido por su subordinado i un segundo despues desaparecian calladamente en la oscura sima.

Cuando, dos minutos despues, el ascensor se detenia frente a la galeria principal, las risotadas, las voces i los gritos que atronaban aquella parte de la mina cesaron como por encanto, i un cuchicheo temeroso brotó de las tinieblas i se propagó rápido bajo la sombría bóveda.

Mister Davis, el ingeniero jefe, un tanto obeso, alto, fuerte, de rubicunda fisonomia en la que el whiskey habia estampado su sello característico, inspiraba a los mineros un temor i respeto casi supersticiosos. Duro e inflexible, su trato con el obrero desconocia la piedad i en su orgullo de raza consideraba la vida de aquellos seres como una

cosa indigna de la atención de un *jentleman* que rujía de cólera si su caballo o su perro eran víctimas de la mas mínima omisión en los cuidados que demandaban sus preciosas existencias.

Indignábale como una rebelión la mas tímida protesta de esos pobres diablos i su pasividad de bestias le parecia un deber cuyo olvido debia castigarse severamente.

Las visitas de inspeccion que de tarde en tarde le imponia su puesto de ingeniero director, eran el punto negro de su vida refinada i sibarítica. Un humor endiablado se apoderaba de su ánimo durante aquellas fatigosas escursiones. Su irritabilidad se traducia en la aplicacion de castigos i de multas que caian indistintamente sobre grandes i pequeños i su presencia anunciada por la blanca luz de su linterna era mas temida en la mina que los hundimientos i las esplosiones del grisú.

Ese día, como siempre, la noticia de su bajada había producido cierta inquieta excitación en las diversas faenas. Los obreros fijaban una mirada recelosa en cada lucecilla que brillaba en las tinieblas, creyendo ver a cada instante aparecer aquel blanquecino i temido resplandor. Por todas partes se trabajaba con febril actividad: los barreteros con el cuerpo encojido, doblado a veces en posturas inverosímiles, arrancaban trozo a trozo el quebradizo mineral que los carretilleros conducían empujando las rechinantes vagonetas hasta los tornos de las galerías de arrastre.

El ingeniero con su acompañante se detuvieron algunos momentos en el departamento de los capataces donde el primero se impuso de los detalles i necesidades que habían hecho indispensable su presencia. Después de dar allí algunas órdenes, siempre en compañía del capataz mayor, se dirigió hacia el interior de la mina recorrien-

do tortuosos corredores i estrechísimos pazadisos llenos de lodo.

Sentado en la parte plana de una vagoneta a la que se habian quitado las maderas laterales, hacia de vez en cuando alguna observacion a su subalterno que seguia tras el carro trabajosamente. Dos muchachos sin mas traje que el pantalon de tela conducian el singular vehículo: el uno empujaba de atras i el otro enganchado como un caballo tiraba de delante. Este último daba grandes muestras de cansancio: el cuerpo inundado de sudor i la espresion angustiosa de su semblante revelaban la fatiga de un esfuerzo muscular excesivo. Su pecho henchíase i deprimíase como un fuelle a impulso de su ajitada respiracion que se escapaba por la boca entreabierta apresurada i anhelante. Una especie de arnes de cuero oprimia su busto desnudo i de la faja que rodeaba su cintura partian dos cuerdas que se engan-
chaban a la parte delantera de la vagoneta.

A la entrada de un pazadizo que conducía a las nuevas obras en explotación, el jefe cuya atención estaba fija en los revestimientos dió la voz de alto i dirijiendo el foco de su linterna hacia arriba comenzó a examinar las filtraciones de la roca, picando con una delgada varilla de hierro los maderos que sujetaban la techumbre. Algunas de esas vigas presentaban curvas amenazadoras i la varilla penetraba en ellas como en una cosa blanda i esponjosa. El capataz con mirada inquieta contemplaba en silencio aquel exámen presintiendo una de aquellas tormentas que tan a menudo estallaban sobre su cabeza de subordinado humilde i rastrero hasta el servilismo.

—Acércate, ven acá. ¿Cuánto tiempo hace que se efectuó este revestimiento?

—Hará un mes señor, contestó el atribulado capataz.

El ingeniero se volvió i dijo:

—¡Un mes i ya los maderos estan podri-

dos! Eres un torpe que te dejas sorprender por los apuntaladores que colocan madera blanca en sitios como este tan saturados de humedad. Vas a ocuparte en el acto de remediar este desperfecto antes que te haga pagar caro tu negligencia.

El azorado capataz retrocedió presuroso i desapareció en la oscuridad.

Mister Davis apoyó la punta de la vara en el desnudo torso del muchacho que tenia delante i el carro se movió, pero con lentitud, pues la pendiente hacia mui penoso el arrastre en aquel suelo blando i escurridizo. El de atras ayudaba a su compañero con todas sus fuerzas, mas de pronto las ruedas dejaron de jirar i la vagoneta se detuvo: de bruces en el lodo, asido con ambas manos a los rieles en actitud de arrastrar aún, yacia el mas jóven de los conductores. A pesar de su valor la fatiga lo habia vencido.

La voz del jefe a quien la perspectiva

de tener que arrastrarse doblado en dos por aquel suelo encharcado i sucio, ponía fuera de si, resonó colérica en la galería.

—¡Canalla, haragan! gritó enfurecido.

I la vara de hierro se alzó i cayó repetidas veces, produciendo un ruido sordo en aquel cuerpo inanimado.

Al sentir los golpes, el caído se incorporó sobre las rodillas i haciendo un esfuerzo se puso de pié. Había en sus ojos una expresión de rabia, de dolor i desesperación. Con nervioso movimiento se despojó de sus arreos de bestia de tiro i se arrimó a la pared donde quedó inmóvil.

Mister Davis que le observaba con atención descendió del carro i se le acercó con la varilla en alto diciendo:

—¡Ah! con que te resistes, espera!

Pero viendo que la víctima por toda defensa cruzaba sus brazos sobre la cabeza, se detuvo, quedó indeciso un momento i luego con voz tonante profirió:

—¡Vete! Fuera de aquí!

I volviéndose al otro muchacho que temblaba como la hoja en el árbol le ordenó imperiosamente:

—Tú, sígueme.

I encorvando su alta estatura continuó adelante por la lóbrega galería.

Después de despachar a toda prisa una cuadrilla de apuntaladores para que efectuasen en los revestimientos las reparaciones que tan duramente se le habían ordenado, el capataz se dirigió a esperar a su jefe a una pequeña plazoleta que linda con las nuevas obras en explotación, quedándose espantado al verlo aparecer, tras una larga espera, con la faz enrojecida, dando resoplidos de fatiga i salpicado de lodo de la cabeza a los pies. Fué tal su sorpresa que no dió un paso ni hizo un ademán para acercarse a su señor quien, dejándose caer pesadamente en unos trozos de madera, empezó a sacudir su traje i a enju

gar con su fino pañuelo el copioso sudor que le inundaba el rostro.

El muchacho que llegaba empujando el pequeño carro, le reveló en dos palabras lo sucedido. El capataz oyó la noticia con inquietud i dando a su fisonomia la espresion mas consternada i trájica que supo, se acercó con ademan solícito a su superior; pero éste, comprendiendo que aquel incidente resultaba ridículo para su orgullo, habia recobrado el jesto soberbio de supremo desdeñ que le era habitual i clavando en el semblante servil de su subordinado la mirada fria e implacable de sus grises pupilas le preguntó con voz al parecer serena, pero en la que se trasparentaba cierta sorda irritacion.

—¿Tiene parientes ese muchacho?

—No, señor, respondió el interpelado, solo tiene madre i tres hermanos pequeños: el padre murió aplastado por un derrumbe cuando empezaron los trabajos del nuevo

chiflon. Era un buen obrero, añadió, tratando de atenuar la falta del hijo con el mérito del padre.

— Bueno, vas a dar orden inmediata para que esa mujer i sus hijos dejen ahora mismo la habitacion. No quiero holgazanes aquí, terminó con amenazadora severidad.

Su acento no admitia réplica i el capataz doblando una rodilla en el húmedo suelo, tomó su libreta de apuntes i el lápiz i trazó en ella, a la luz de su linterna, algunos renglones.

Miéntras escribia, su imaginacion se trasladó al cuarto de la viuda i de los huérfanos, i a pesar de que aquellos lanzamientos eran cosa frecuente i que como ejecutor de la justicia inapelable del amo la sensibilidad no era el punto vulnerable de su carácter, no pudo ménos de experimentar cierta desazon por esa medida que iba a causar la ruina de aquel miserable hogar.

Terminado el escrito arrancó la hoja i

haciendo una señal al muchacho para que se acercara se la entregó, diciéndole:

—Llévalo afuera al mayordomo de cuartos.

Jefe i subalterno quedaron solos. En la plazoleta que servia de depósito de materiales, veíanse a la luz de las linternas, trozos de maderas de revestimientos, montones de rieles i mangos de piquetas, esparcidos en derredor de los negros muros en los cuales se dibujaban las aberturas, mas negras aun, de siniestros pasadizos.

Un rumor sordo, como de rompientes lejanas, desembocaba por aquellos huecos en oleadas cortas e intermitentes: chirridos de ruedas, voces humanas confusas, chasquidos secos i un redoble lento, imposible de localizar, llenaba la macisa bóveda de aquella honda caverna donde las tinieblas limitaban el círculo de luz a un pequeñísimo radio tras el cual sus masas compactas estaban siempre en acecho, prontas a avanzar o retroceder.

De pronto, allá a la distancia, apareció una luz seguida luego por otra i otras hasta completar algunas decenas. Asemejábanse a pequeños globos rojos flotando en un mar de tinta i que subian i bajaban siguiendo la ondulada curva de un invisible oleaje.

El capataz sacó su reloj, i dijo, interrumpiendo el embarazoso silencio:

—Son los barreteros de la Media Hoja que vienen a tratar de la cuestion de los rebajes. Ayer quedaron citados para este sitio.

I siguió dando minuciosos detalles sobre aquel asunto, detalles que su superior oia con manifiesto desagrado, su entrecejo se fruncia i todo en él revelaba una impaciencia creciente i cuando el capataz repetía por segunda vez sus argumentos:

—Es, pues, imposible aumentar los precios porque, entónces, el costo del carbon...

--Un ya lo sé, áspero i seco le cortó la palabra bruscamente.

El empleado echó una mirada a hurtadillas a su interruptor i una escéptica sonrisa invisible en la oscuridad plegó sus delgados labios al distinguir la larga hilera de lucecillas que se aproximaban. No era difícil de adivinar que el negocio de aquellos pobres diablos de barreteros corría un gravísimo riesgo de convertirse en un desastre. I su convicción se afirmó viendo el torvo ceño del jefe i observando las huellas que la caminata por la galeria habia dejado en su persona i traje.

Los pantalones en las rodillas ostentaban grandes placas de barro i sus manos, ordinariamente tau blancas i cuidadas, eran las de un carbonero. No cabia duda, habia tropezado i caido mas de una vez. Además en su abollado sombrero veíanse manchas del hollin que el humo de las lámparas deposita en la techumbre de los túneles, lo que indicaba que su cabeza habia comprobado practicamente la solidez de aquellos revés-

timientos que tan frágiles le habían parecido. I a medida que avanzaba en aquel examen, una maligna alegría retratábase en el semblante finamente astuto del capataz. Sentíase vengado, siquiera en parte, de las humillaciones que por la índole de su empleo tenía diariamente que soportar.

Las luces continuaban acercándose i se oía ya distintivamente el rumor de las voces i el chapoteo de los pies en el lodo líquido. La cabeza de la columna desembocó en breve en la plazoleta i todos aquellos hombres fueron alineándose silenciosamente frente al sitio ocupado por sus superiores. El humo de las lámparas i el olor acre de sus cuerpos sudorosos impregnó bien pronto la atmósfera de un hedor nauseabundo i asfixiante.

I a pesar del considerable aumento de luz las sombras persistían siempre i en ellas se dibujaban las borrosas siluetas de los trabajadores, como masas confusas de perfiles indeterminados i vagos.

Mister Davis continuaba impasible sobre su banco de piedra, con las manos cruzadas sobre su grueso abdómen, dejando adivinar en la penumbra los recios contornos de su poderosa musculatura. Un silencio sepulcral reinaba en la plazoleta, silencio que interrumpieron de pronto algunas toses de viejo, cascadas i huecas.

—¡Vamos! ¿qué esperan? ¡Qué despachen pronto!, exclamó el ingeniero, dirijiéndose al capataz.

Este levantó la linterna a la altura de su cabeza i proyectó el haz luminoso sobre el grupo del cual se destacó un hombre que avanzó, gorra en mano, y se detuvo a tres pasos de distancia.

Bajo de estatura, de pecho hundido i puntiagudos hombros, su calva ennegrecida como su rostro sobre el que caian largos mechones de pelos grises, dábale un aspecto estrañamente risible i grotesco. Una ojeada significativa del capataz le dió ánimo i con

voz un tanto temblorosa planteó la cuestion que allí los habia reunido: el asunto era por lo demas fácil i sencillo.

Como la nueva veta solo alcanzaba un máximum de grueso de sesenta centímetros tenian que escavar cuatro decímetros mas de arcilla para dar cabida a la vagoneta. Este trabajo suplementario era el mas duro de la faena, pues la tosca era mui consistente i como la presencia del grisú no admitia el uso de esplosivos habia que ahondar el corte a golpes de piqueta, lo que demandaba fatiga i tiempo considerables. La pequeña alza del precio del cajon fijándolo en treinta centavos, no era suficiente, pues aunque empezaban la tarea al amanecer i no abandonaban la cantera hasta entrada la noche apénas alcanzaban a despachar tres carretillas, i podian contarse con los dedos de la mano los que elevaban esa cifra a cuatro. I despues de hacer una pintura sobria de la miseria de los hogares i del hambre de

la mujer i de los hijos, terminó diciendo que solo la esperanza de que los rebajes los resarcirian de sus penurias, como se les habia prometido al contratárseles como barreteros del nuevo filon, habia sostenido las fuerzas de él i sus camaradas durante aquella larga quincena.

El ingeniero oyó aquella esposicion, desde el principio al fin, sin despegar los labios, encerrado en un mutismo amenazador que nada bueno presajiaba para los intereses de los solicitantes.

Un silencio lúgubre siguió por algunos momentos, interrumpido por el leve chisporroteo de las lámparas i una que otra tos tenaz i recalcitrante. De pronto un estremecimiento recorrió el grupo, los cuellos se estiraron i aguzáronse los oídos. Era la voz interrogadora del jefe que resonaba, diciendo:

—¿Cuánto exigen ustedes por el metro de rebajes?

Aquella pregunta concreta i terminante no obtuvo respuesta. Un murmullo partió de las filas i algunos voces aisladas se escucharon, pero calláronse inmediatamente al oír de nuevo la voz imperiosa que con agrio tono repitió:

—¡Qué hai! ¡Nada contestas?

El viejo que pasaba su gorra de una mano a otra con aire indeciso interpelado así directamente adelantó un paso i dijo con voz lenta e insegura, tratando de leer en el rostro velado de su interlocutor el efecto de sus palabras:

—Señor, lo justo seria que se nos pagase por cada metro el precio de cuatro carretillas de carbon, porque

No terminó, el ingeniero se habia puesto de pié i su obesa persona se destacó tomando proporciones amenazadoras en la nebulosa penumbra.

—Sois unos insolentes, gritó con voz re-rebosante de ira, unos imbéciles que creen

que voi a derrochar los dineros de la compañía en fomentar la pereza de un ható de holgazanes que en vez de trabajar se echan a dormir como cerdos por los rincones de las galerias.

Hizo una pausa para tomar aliento i agregó como si hablase consigo mismo:

—Pero conozco los ardides i sé lo que valen las lamentaciones hipócritas de semejante canalla.

I encarándose con el capataz le ordenó recalcando cada una de sus palabras:

—Abonarás por el metro de rebajes en la Media Hoja treinta centavos a los barreteros que estraigan por término medio cuatro cajones de carbon diario. Los que no alcancen a esta cifra solo cobraran el precio del mineral.

Estaba furioso porque a pesar de las economias introducidas, el carbon resultaba allí mas caro que en los demas filones i las exigencias de los obreros que no hacian sino

confirmar aquel mal éxito, aumentaba su despecho, pues íbale en ello su prestigio puesto en peligro por el error lamentable de sus cálculos i previsiones.

Bajo sus negras caretas los mineros pali-decieron hasta la lividez. Aquellas palabras vibraron en sus oídos, repercutiendo en lo mas hondo de sus almas como el toque apocalíptico de las trompetas del juicio final. Una espresion estúpida, un estupor cercano a la idiotez se pintó en sus dilatadas pupilas i sus rodillas flaquearon como si súbitamente se hubiese hundido sobre ellos la sombría bóveda. Mas, era tal el temor que les inspiraba la figura irritada e imponente del amo i tal el dominio que su autoridad todopoderosa ejercia en sus pobres espíritus envilecidos por tantos años de servidumbre, que nadie hizo un ademan ni dejó escapar la menor protesta.

Pero luego vino la reaccion: era tan enorme el despojo, tan durísima la pena que sus

cerebros atontados un instante por aquel golpe de masa, recobraron de nuevo la conciencia de sus actos. El primero que recobró el uso de sus facultades fué el viejo de la tiznada calva quien viendo que el jefe iba ya a marcharse le cerró resueltamente el paso diciendo con plañidera voz:

—Señor, apiádese de nosotros, que se nos cumpla lo prometido, lo hemos ganado con nuestra sangre. ¡Mire Ud!

I arrancando de un tiron la manga de la blusa mostró el brazo izquierdo envuelto en sucios vendajes que apartó con violencia, quedando al descubierto un profundo desgarron que iba de la clavícula hasta el antebrazo. Aquella llaga privada de su apósito empezó a manar sangre en abundancia.

—Señor, prosiguió, ténganos lástima, se lo pedimos de rodillas.

Pero, el ingeniero no lo oia ocupado en discutir con el capataz el camino mas corto.

para llegar al nuevo túnel destinado a unir las nuevas obras con las antiguas.

Un murmullo amenazador se alzó tras él cuando se puso en marcha i el viejo, viendo que abandonaba la plazoleta, en un acceso de desesperacion alargó la mano i lo cojió de la ropa.

Un brazo formidable se alzó en la oscuridad i de un furioso reves lanzó al atrevido a diez pasos de distancia. Se oyó un ruido sordo, un quejido i todo quedó otra vez en silencio.

Un momento despues el jefe i su acompañante desaparecian en un ángulo del corredor.

En la plazoleta se desarrolló, entonces, una escena digna de los condenados del infierno. En la lobreguez de la sombra ajitáronse las luces de las lámparas, moviéndose en todas direcciones i terribles juramentos i atroces blasfemias resonaron en las tinieblas, yendo a despertar a lo largo de los

muros los ecos tristemente lúgubres de la roca tan insensible como el feroz egoísmo humano ante aquella inmensa desolación.

Algunos se habian echado en el suelo i mudos como masas inertes permanecian anonadados sin ver ni oír lo que pasaba a su alrededor. Un vejete lloraba en silencio acurrucado en un rincon i sus lágrimas trazaban sinuosos surcos en la cobriza i arrugada piel de su tizado rostro. En otros grupos se discutía i jesticulaba acaloradamente i el ruido de la disputa era interrumpido a cada instante por maldiciones i ruidos de cólera i de dolor. Un muchacho alto i flaco con los puños crispados se paseaba entre los grupos oyendo los distintos pareceres i convencido de que aquello no tenía remedio, que la sentencia dictada era inapelable, en un raptó de furor estrelló la lámpara en el muro donde se hizo mil pedazos i empezó a dar cabezadas contra la roca hasta rodar desvanecido al pié de la muralla.

Poco a poco se fuéron aquietando los ánimos i un fornido moceton exclamó en voz alta.

—¡Yo no doi un piquetazo más, qué todo se lo lleve el diablo!

—Es mui fácil decir eso cuando no se tiene mujer ni hijos, le contestó alguien prontamente.

—Si siquiera pudiéramos usar pólvora. ¡Maldito grisú!, murmuró quejumbrosamente el de la calva.

—Seria la misma cosa, compañero. En cuanto vieran que ganábamos un poco mas, rebajarian los sueldos.

—I la culpa la tienen Uds., los jóvenes, afirmó un viejo,

—¡Vaya, abuelo, ataje la récua que se le dispara! profirió el primero que habia tomado la palabra.

—Sí insistió el anciano, Uds i nadie mas que Uds., tienen la culpa porque revientan trabajando i nos hacen reventar a todos. Si

midiesen sus fuerzas no bajarían los precios i esta vida de perros seria menos dura.


—Es que no nos gusta mirarnos las manos cuando trabajamos.

—Tampoco las miraba yo i ya ves lo que me ha lucido.

Hubo un instante de silencio i tras una breve pausa, la voz grave i melancólica del anciano resonó otra vez:

—Tambien fuí jóven i como Uds. hice lo mismo; me burle de los viejos sin pensar que la juventud pasa tan lijero que cuando cae uno en ello es ya un desperdicio, un trasto. Viejo soi pero no hai que olvidar que todos van por ese camino; que la muerte nos arrea i el que se pára tiene pena de la vida.

Calláronse todos, nuevamente, i el veje-
te que jemia en el rincon se levantó i con
lánguido paso abandonó la plazoleta. Mui
pronto los demas siguieron su ejemplo i en
la profundidad de la galeria las vacilantes



luces de las lámparas volvieron a sumerjirse en aquellas ondas tenebrosas que ahogaron en un instante su fugitivo i muribundo resplandor.

*
* *

En el nuevo túnel se habian interrumpido momentáneamente los trabajos de escavacion i solo habia allí una cuadrilla de apuntaladores: tres hombres i un muchacho. Ocupábanse dos en aserrar los maderos i los otros dos los ajustaban en sus sitios. Estaban ya al final i solo unos cuantos metros los separaban del muro de roca que se perforaba.

Un obrero i el muchacho se empeñaban en colocar un trozo de viga en posicion vertical: el primero la sostenia, miéntras el segundo con un pesado combo golpeaba la parte superior. Viendo el poco éxito que obtenian, resolvieron quitarla para acortar

su longitud, pero estaba encajada tan solidamente que a pesar de sus esfuerzos no pudieron conseguirlo. Entonces, pusiéronse a disputar con acritud culpándose mutuamente de haber errado la medida del corte de aquel madero. Despues de un agrio cambio de palabras se apartaron, sentándose para descansar en los trozos de roca esparcidos en el suelo.

Uno de los que aserraban se acercó, examinó la viga i viendo la señal de los golpes cerca de la techumbre, dijo, dirijiéndose al muchacho.

—Ten cuidado de golpear tan arriba. Una chispa, una sola i nos achicharramos todos en este infierno. Acércate, ven a ver, agregó agachándose al pié del muro.

—Pon la mano aquí ¿qué sientes?

—Algo así como un vientecito que sopla.

—No es viento, camarada, es el grisú. Ayer tapamos con arcilla varias rendijas, pero esta se nos escapó.

La galeria debe de estar llena del maldito gas.

I para cerciorarse levantó la lámpara de seguridad por encima de su cabeza: la luz se alargó creciendo considerablemente, visto lo cual por el obrero bajó el brazo con rapidez.

--¡Diablo! dijo, hai aquí grisú para hacer saltar la mina entera.

Aquel muchacho cuya edad fluctuaba entre los dieciocho i diecinueve años era conocido con el singular apodo de Viento Negro. Pendenciero i fanfarron, de fuertes i recios miembros, abusaba de su vigor físico con los compañeros jeneralmente mas débiles que él por lo cual era mui poco estimado entre ellos. En su rostro picado de viruelas, habia una firmeza i resolucion que contrastaba notablemente con los semblantes tímidos e inespresivos de sus camaradas.

El obrero i el muchacho fueron a proseguir su conversacion sentados en una viga.

—Ya ves, decia el primero, estamos, va-

ya el caso, dentro del cañon de una escopeta, en el sitio en que se pone la carga, i señalando delante de él la alta galeria continuó:

—Al menor descuido, una chispa que salte o una lámpara que se rompa, el Diablo tira del gatillo i sale el tiro. En cuanto a los que estamos aquí haríamos sencillamente el papel de perdigones.

Viento Negro no contestó. En lo alto del túnel vió brillar la luz de la linterna del ingeniero. El otro tambien la habia visto i levantandose ambos con premura fueron a proseguir la interrumpida tarea.

El muchacho cogió el combo i se dispuso a golpear la viga, pero su compañero se lo impidió diciéndole:

—¡No ves, torpe, que eso es inútil!

—Pero ahí vienen i es preciso hacer algo.

—Yo no hago nada i cuando lleguen diré que me den otro ayudante, porque tu

para nada te cuidas de mis observaciones.

I de nuevo se enconó la discusion, i hubieran llegado a las manos si la presencia de los superiores no lo hubiese impedido. Jefe i subalterno examinaron con atencion los revestimientos i mui luego la mirada vigilante del capataz se fijó en la viga objeto de la disputa.

¿Qué es esto, Juan? dijo.

--Es por culpa de éste, señor, respondió el obrero, señalando al muchacho, hace lo que le da la gana i no obedece mis órdenes.

Los ojos penetrantes del capataz se clavaron en Viento Negro i exclamó de pronto en tono de amenaza:

--¡Ah eres tú el que cortó ayer la cuerda de señales del departamento de los capataces! Tienes cinco pesos de multa por la fechoria.

--¡No he sido yo! rujió el interpelado pálido de cólera.

El capataz se encojió de hombros con in-

diferencia, pero viendo la inmovilidad del obrero i la furiosa mirada que brotaba de sus ojos, le gritó con imperio:

--¿Qué haces ahí, maldito holgazan? ¡Pronto, a quitar ese madero!

El muchacho no se movió. En su alma inculta e indómita aquella multa que tan injustamente se le aplicaba, prodújole el efecto de un latigazo, irritando hasta la exasperacion su fiero i resuelto carácter.

El capataz furioso por aquel insólito desconocimiento de su autoridad cojió del cuello al desobediente i dándole un empellon hacia adelante remató la agresion aplicándole un violento puntapié por detras. ¡Jamás lo hubiera hecho! Viento Negro se revolvió contra él como un tigre i asestándole una tremenda cabezada en mitad del pecho lo tendió exánime en el duro pavimento.

El ingeniero que cerca de allí hacia anotaciones en su cartera i que, impuesto de la disputa se preparaba a intervenir, se vol-

vió al oír el golpe de la caída i percibiendo una sombra que se deslizaba pegada al muro, de un salto se puso delante, cerrándole el paso. El fujitivo quiso evadirse por el otro lado, pero un puño de hierro lo cojió de un brazo i lo arrastró como una pluma al fondo del túnel.

Sentado en una piedra, rodeado por los obreros, el capataz vuelto de su pasajero desvanecimiento, respiraba con dificultad. Al ver a su agresor quiso abalanzarse sobre él, pero un ademán del ingeniero lo contuvo.

—Le ha dado una cabezada en el pecho, dijeron los obreros, contestando a la mirada interrogadora del jefe, quien sin soltar el brazo de su prisionero, lo condujo frente de la viga i le ordenó con tono tranquilo casi amistoso:

—Ante todo vas a colocar este soporte en su sitio.

—He dicho que no quiero trabajar, re-

puso con voz sorda i opaca, Viento Negro.

--I yo te digo que trabajarás, si no te basta el martillo puedes ensayar las cabezadas en las que eres tan diestro.

Una esplosion de risas saludó la cuchufleta que hizo palidecer de rabia el desfigurado rostro del obrero, quien paseó a su alrededor una mirada de fiera acorralada en la que brillaba la llama sombría de una indomable resolucion. I, de pronto, contrayendo sus músculos dió un salto hacia adelante tratando de pasar por el espacio descubierto entre el cuerpo del ingeniero i el muro del corredor. Pero un terrible puñetazo que le alcanzó en pleno rostro lo arrojó de espaldas con estremada violencia.

Se incorporó apoyándose en las manos i las rodillas, mas una feroz patada en los riñones lo echó a rodar de nuevo por entre los escombros de la galeria. Los testigos de aquella escena no respiraban i seguian con avidez todas sus peripecias.

Viento Negro, lleno de lodo, espantoso, sangriento, se puso de pié. Un hilo de sangre brotaba de su ojo derecho e iba a perderse en la comisura de los labios, pero con paso firme se adelantó i cojiendo el combo se puso a descargar furiosos golpes en la inclinada viga.

La sonrisa del orgullo satisfecho resplandecía en la ancha faz del ingeniero. Había domado la fierecilla i a cada furibundo golpe que hacia resbalar el madero sobre la roca repetía plácidamente:

--¡Bien, muchacho, bravo, bien, bien!

El capataz fué el único que percibió el peligro, pero solo alcanzó a ponerse de pié.

En la negra techumbre brillaron unas tras otras algunas grandes chispas. Viento Negro había dejado deslizarse por sus ~~manos el mango del combo~~ hasta su estremidad i la masa de acero al rozar las agudas aristas de la roca había producido en

ellas el efecto fulminante del choque del eslabon con el pedernal.

Una llama azulada recorrió velozmente el combado techo del túnel i la masa de aire contenida entre sus muros se inflamó, convirtiéndose en una inmensa llamarada. Los cabellos i los trajes ardieron, i una luz vivísima, de extraordinaria intensidad, iluminó hasta los rincones mas ocultos de la inclinada galeria.

Pero aquella pavorosa vision solo duró el brevísimo espacio de un segundo: un terrible crujido conmovió las entrañas de la roca i los seis hombres envueltos en un torbellino de llamas, de trozos de maderas i de piedras, fueron proyectados con espantosa violencia a lo largo del corredor.

*
* *



Al sordo estallido de la formidable explosion los habitantes del pequeño caserío

se agolpáron a las puertas i ventanas de sus viviendas i fijando sus azorados ojos en las construcciones de la mina, presenciaron llenos de espanto algo como la repentina erupcion de un volcan.

Bajo el cielo azul, sereno i límpido, sin asomo de humo, ni de llamas, los maderos de la cábria arrancados de sus sitios por una fuerza prodijiosa, fueron lanzados hacia arriba en todas direcciones: una de las jaulas de hierro, recorriendo el angosto tubo del pozo, como un proyectil el ánima de un cañon, subió recta hasta una inmensa altura.

Los moradores de la poblacion minera, en su mayor parte mujeres i niños, se abalanzaron en confuso tropel hácia el pique, donde todo era confusion i desórden: los obreros corrian de un lado para otro, despa- voridos sin hallar qué hacer. Mas la presencia de ánimo del capataz de turno los tranquilizó un tanto i bajo su direccion

pusiéronse a trabajar con febril actividad. Las jaulas habian desaparecido i con ellas uno de los cables, pero el otro estaba aun intacto enrollado en la bobina. Con rapidez se montó una polea sobre la boca del pozo i atando un cubo de madera a la estremidad del cable quedó todo listo para efectuar la bajada. El capataz i dos obreros se disponian ya a llevar a efecto esta operacion cuando una espesa humareda que empezó a brotar desde abajo se lo impidió i hubo que aguardar que los ventiladores barrieran aquel obstáculo.

Entretanto las mujeres enloquecidas habian invadido la plataforma dificultando grandemente los trabajos de salvamento, i los obreros para tener despejado el sitio de la maniobra tenian que rechazarlas a empujones i puñetazo limpio. Sus alaridos aturidian impidiendo oír las voces de mando de capataces i maquinistas.

Por fin el humo se disipó i el ca-

pataz i los obreros se colocaron dentro del cubo: dióse la señal de bajada i desaparecieron en medio del mas profundo silencio.

Frente a la galeria de entrada abandonaron la improvisada jaula i penetraron al interior. Una calma aterradora reinaba allí, no se veia un rayo de luz i todo estaba limpio de obstáculos: no habia rastros de vagonetas ni de maderos; las poleas, los cables, las cuerdas de señales, todo habia sido barrido por la violencia del aire empujado por la esplosion. Aquella soledad los sobrecojió i una angustia mortal oprimió sus corazones: ¿Habían muerto todos los compañeros?

Pero, de pronto, aparecieron gran número de luces i se encontraron rodeados por un compacto grupo de trabajadores. Al sentir la conmocion habian corrido presurosos hacia el punto de salida, mas al desembocar en la galeria central los habia detenido el hu-

mo i el aire irrespirable que llenaba esa parte de la mina. Nada sabian de los obreros de la entrada del pique, sin duda habian sido sepultados junto con los escombros en lo mas hondo del pozo.

Las opiniones estaban acordes en que la esplosion se habia producido en el nuevo túnel i que debian de haber perecido en ella la cuadrilla de apuntaladores, el ingeniero jefe i el capataz mayor de la mina.

Un grito unánime resonó: ¡Vamos allá! i todos se pusieron en movimiento, pero la voz enérgica del capataz los detuvo:

—Nadie se mueva, dijo con autoridad, la galeria está llena de *viento negro*. Lo primero es activar la ventilacion. Ciérrense las compuertas de la segunda galeria para que el aire del ventilador obre directamente sobre el túnel. Despues veremos lo que hai que hacer.

Miéntras algunos se precipitaban a ejecutar aquellas órdenes, el barretero Tomas,

un moceton alto i robusto, se acercó i con tono resuelto, dijo:

—Yo iré allá si hai quien me acompañe. Es cobardia abandonar así a los compañeros. Puede haber alguno vivo todavía.

—¡Si, si! Vamos!, exclamaron una veintena de voces.

El capataz trató de disuadirlos, diciéndoles que era correr inutilmente a una muerte casi segura. Que hacia mas de dos horas que se habia producido el estallido i que por consiguiente los jefes i camaradas estaban sin duda alguna, muertos i bien muertos. Pero, viendo que no le escuchaban accedió para evitar mayores desgracias a lo propuesto por el obrero, quien despues de una violenta disputa, pues todos querian ser de la partida, elijió tres acompañantes, con los cuales se puso inmediatamente en marcha.

A la entrada del túnel los cuatro hombres se arrodillaron e hicieron la señal de

la cruz i, en seguida, unos tras otros con las lámparas en alto, penetraron en la galería que por su elevacion les permitia andar derechos sin encorvarse. Mui pronto sintieron latidos en las sienes i zumbidos en los oidos. A cien metros el que iba a la cabeza sintió un golpe a sus espaldas: el obrero que lo seguia habia caido. Sin pérdida de tiempo lo levantaron i lo arrastraron rápidamente hacia afuera. Reemplazósele con presteza i el pequeño grupo volvió de nuevo a internarse en el corredor.

Cuando les faltaba un centenar de metros para llegar al final, encontraron el primer cuerpo. Una ojeada les bastó para comprender que era imposible conservara un resto de vida: estaba hecho pedazos. Algunos pasos mas i tropezaron con el segundo, luego con el tercero, el cuarto i el quinto. El último era el del capataz a quien reconocieron por sus gruesos zapatos clave-teados.

Faltaba el ingeniero, i sin detenerse siguieron avanzando, pero de pronto delante de ellos se desprendió un grueso bloque que cayó con gran estruendo, levantando una nube de polvo. Hallábanse en el sitio de la explosion: el suelo estaba sembrado de escombros, los revestimientos habian sido arrancados en gran parte i la techumbre principiaba a ceder. Se detuvieron un instante indecisos; mas, luego, pasando por encima del obstáculo prosiguieron el avance, cautelosos, con el oído atento a los chasquidos precursores de los derrumbes i sintiendo a cada paso el golpe seco de algun desprendimiento. Caminaron así algunos metros cuando de improviso resonó un crujido. Tomas que era el primero del grupo recibió un golpe en un hombro que lo hizo vacilar sobre sus piernas: se volvió lleno de angustia: una espesa polvareda le impedia ver. Adelantó con precaucion i sus dientes castañetearon: delante de él i cerrándole el

paso habia un monton de piedras de mas de un metro de elevacion i que abarcaba todo el ancho de la galeria. De un salto cayó sobre aquel sepulcro i empezó a remover furiosamente los escombros, tarea que secundaron en breve los compañeros que llegaban, pero despues de grandes esfuerzos solo encontraron tres cadáveres.

Miéntras algunos recojian los muertos, los demas rejistraban los rincones en busca del ingeniero cuya estraña desaparicion despertaba en sus espíritus supersticiosos la idea de que el Diablo se lo habia llevado en cuerpo i alma.

De pronto alguien gritó con fuerza:

—¡Aquí está!

Todos acudieron i alumbraron con sus lámparas. En un recodo de la galeria, pegado al techo i en el eje destinado a sostener la polea del cable, en la estremidad que apuntaba al fondo del túnel, habia un gran bulto suspendido. Aquella masa volumino-

sa que despedía un olor penetrante de carne quemada, era el cuerpo del ingeniero jefe. La punta de la gruesa barra de hierro habíale penetrado en el vientre i sobresalía mas de un metro por entre los hombros. Con la terrible violencia del choque, la barra se habia torcido i costó gran trabajo sacarlo de allí. Retirado el cadáver, como las ropas convertidas en pavesas se deshacían al mas ligero contacto, los obreros se despojaron de sus blusas i lo cubrieron con ellas piadosamente. En sus rudas almas no habia asomo de odio ni de rencor. Puestos en marcha con la camilla sobre los hombros respiraban con fatiga bajo el peso aplastador de aquel muerto que seguía gravitando sobre ellos, como una montaña en la cual la humanidad i los siglos habian amontonado soberbia, egoismo i ferocidad.

Here!
17-41



[X] M

EL PAGO

Pedro Maria, con las piernas encojidas, acostado sobre el lado derecho, trazaba a golpes de piqueta un corte en la parte baja de la vena. Aquella incision que los barreteros llaman *circa* alcanzaba ya a treinta centímetros de profundidad, pero el agua que se filtraba del techo i corria por el bloque llenaba el surco cada cinco minutos, obligando al minero a soltar la herramienta para estraer con ayuda de su gorra de cuero aquel sucio i negro líquido que, escurriéndose por debajo de su cuerpo, iba a formar grandes charcas en el fondo de la galeria.

Hacia algunas horas que trabajaba con ahinco para finiquitar aquel corte i empezar la tarea de desprender el carbon. En aquella estrechísima ratonera el calor era insoportable. Pedro Maria sudaba a mares i de su cuerpo, desnudo hasta la cintura, brotaba un cálido vaho que con el humo de la lámpara formaba a su alrededor una especie de niebla cuya opacidad, impidiéndole ver con precision, hacia mas difícil la dura e interminable tarea. La escasa ventilacion aumentaba sus fatigas, el aire cargado de impurezas, pesado, asfixiante, le producía ahogos i accesos de sofocacion i la altura de la labor, unos setenta centímetros escasos, solo le permitía posturas incómodas i forzadas que concluían por entumecer sus miembros ocasionándole dolores i calambres intolerables.

Apoyado en el codo, con el cuello doblado, golpeaba sin descanso i a cada golpe el agua de la cortadura le azotaba el rostro

con gruesas gotas que herían sus pupilas como martillazos. Deteníase entonces por un momento para desaguar el surco i empuñaba de nuevo la piqueta sin cuidarse de la fatiga que engarrotaba sus músculos, del ambiente irrespirable de aquel agujero, ni del lodo en que se hundía su cuerpo, acosado por una idea fija, obstinada, de extraer ese día, el último de la quincena, el mayor número posible de carretillas; i esa obsesión era tan poderosa, absorbía de tal modo sus facultades, que la tortura física le hacía el efecto de la espuela que desgarrá los hijares de un caballo desbocado.

Cuando la *circa* estuvo terminada, Pedro Maria sin permitirse un minuto de reposo se preparó inmediatamente a desprender el mineral. Ensayó varias posturas buscando la mas cómoda para atacar el bloque, pero tuvo que resignarse a seguir con la que habia adoptado hasta allí, acostado sobre el lado derecho, que era la única que le

permitia manejar la piqueta con relativa facilidad. La tarea de arrancar el carbon que a un novicio le pareceria operacion sencillísima requiere no poca maña i destreza, pues si el golpe es mui oblicuo la herramienta resbala, desprendiendo solo pequeños trozos, i si la inclinacion no es bastante el diente de acero rebota i se despunta como si fuese de mazapan.

Pedro Maria empezó con brio la tarea, atacó la hulla junto al corte i golpeando de arriba a abajo desprendiéronse de la vena grandes trozos negros i brillantes que se amontonaron rápidamente a lo largo de la hendidura; pero a medida que el golpe subia, el trabajo hacíase mui penoso. En aquel pequeño espacio no podia darse a la piqueta el impulso necesario, estrechada entre el techo i la pared, mordía el bloque débilmente, i el obrero, desesperado, multiplicaba los golpes. arrancando solo pequeños pedazos de mineral.

Un sudor copiosísimo empapaba su cuerpo i el espeso polvo que se desprendia de la vena, mezclado con el aire que respiraba, se introducía en su garganta i pulmones produciéndole accesos de tos que desgarraban su pecho dejándole sin aliento. Pero golpeaba, golpeaba sin cesar, encarnizándose contra aquel obstáculo que hubiera querido despedazar con sus uñas i sus dientes. I enardecido, furioso, a riesgo de quedar allí sepultado, arrancó del techo un gran tablon contra el cual chocaba a cada instante la herramienta.

Una gota de agua, persistente i rápida, comenzó a caerle en la base del cuello i su fresco contacto le pareció en un principio delicioso; pero la agradable sensacion desapareció mui pronto para convertirse en un escozor semejante al de una quemadura. En balde trataba de esquivar aquella gotera que, escurriéndose ántes por el madero, iba a perderse en la pared i que

ahora abrasaba su carne como si fuera plomo derretido.

Sin embargo, no cejaba con su tenaz empeño i miéntras el carbon se desmoronaba amontonándose entre sus piernas, sus ojos buscaban el sitio propicio para herir aquel muro que agujereaba hacia ya tantos años, que era siempre el mismo, de un espesor tan enorme que nunca se le veia el fin....

Pedro Maria abandonó la faena al anochecer i, tomando su lámpara i arrastrándose penosamente por los corredores, ganó la galeria central. Las corrientes de aire que encontraba al paso habian enfriado su cuerpo i caminaba quebrantado i dolorido, vacilante sobre sus piernas entorpecidas por tantas horas de forzada inmovilidad..

Cuando se encontró afuera sobre la plataforma, un soplo helado le azotó el rostro i sin detenerse, con paso rápido descendió por la carretera. Sobre su cabeza grandes masas de nubes oscuras corrian empujadas

por un fuerte viento del septentrion, en las cuales el plateado disco de la luna, lanzado en direccion contraria, parecia penetrar con la violencia de un proyectil, palideciendo i eclipsándose entre los densos nubarrones para reaparecer de nuevo, rápido i brillante, a traves de un fujitivo desgarron. I, ante aquellas furtivas apariciones del astro, la oscuridad huia por unos instantes, destacándose sobre el suelo sombrío las brillantes manchas de las charcas que el obrero no se cuidaba de evitar en su prisa de llegar pronto i de encontrarse bajo techo, junto a la llama bienhechora del hogar.

Transido de frio, con las ropas pegadas a la piel, penetró en el estrecho cuarto. Algunos carbones ardian en la chimenea i delante de ella, colgados de un cordel se veian un pantalon i una blusa de lienzo, ropa que el obrero se puso sin tardanza, tirando la mojada en un rincon. Su mujer, le habló entónces, quejándose de que ese

dia tampoco habia conseguido nada en el despacho. Pedro Maria no contestó, i como ella continuase esplicándole que esa noche tenia que acostarse sin cenar, pues el poco café que habia, lo destinaba para el dia siguiente, su marido la interrumpió, diciéndole:

—No importa, mujer, mañana es dia de pago i se acabarán nuestras penas.

I rendido, con los miembros destrozados por la fatiga, fué a tenderse en su camastro arrimado a la pared. Aquel lecho compuesto de cuatro tablas sobre dos banquillos i cubiertas por unos cuantos sacos, no tenia mas abrigo que una manta deshilachada i sucia. La mujer i los dos chicos, un rapaz de cinco años i una criatura de ocho meses, dormian en una cama parecida, pero mas confortable, pues se habia agregado a los sacos un jergon de paja.

Durante aquellos cinco dias trascurridos desde que el despacho les cortó los víveres

las escasas ropas i utensilios habian sido vendidos o empeñados; pues en ese apartado lugarejo no existia otra tienda de provisiones que la de la Compañia en donde todos estaban obligados a comprar mediante vales o fichas al portador.

Mui pronto un sueño pesado cerró los párpados del obrero, i en aquellas cuatro paredes reinó el silencio, interrumpido a ratos por las rachas de viento i lluvia, que azotaban las puertas i ventanas de la miserable habitacion.

La mañana estaba bastante avanzada cuando Pedro Maria se despertó. Era uno de los últimos dias de Junio i una llovizna fina i persistente caia del cielo entoldado, de un gris oscuro i ceniciento. Por el lado del mar una espesa cortina de brumas cerraba el horizonte, como un muro opaco que avanzaba lentamente tragándose a su paso todo lo que la vista percibia en aquella direccion.

Bajo el zinc de los corredores, entre el ir i venir de las mujeres i las locas carreras de los niños, los obreros con el busto desnudo, fricciónábanse la piel briosamente para quitarse el tizne adquirido en una semana de trabajo. Ese dia destinado al pago de los jornales era siempre esperado con ansia i en todos los rostros brillaba cierta alegría i animacion.

Pedro Maria, terminado su tocado semanal, se quedó de pié un momento apoyado en el marco de la puerta, dirijiendo una mirada vaga sobre la llanura i contemplando silencioso la lluvia tenaz i monótona que empapaba el suelo negruzco, lleno de baches i de sucias charcas. Era un hombre de treinta i cinco años escasos pero, su rostro demacrado, sus ojos hundidos i su barba i cabello entrecanos le hacian aparentar mas de cincuenta.

Habia ya empezado para él la época triste i temible en la que el minero ve debili-

tarse, junto con el vigor físico, el valor i las energias de su efímera juventud.

Despues de haber contemplado un instante el triste paisaje que se desenvolvía ante su vista, el obrero penetró en el cuarto i se sentó junto a la chimenea donde en el tacho de hierro hervía ya el agua para el café.

La mujer, que habia salido, volvió, trayendo pan i azúcar para el desayuno. De ménos edad que su marido estaba ya mui ajada i marchita por aquella vida de trabajos i de privaciones que la lactancia del pequeñuelo habia hecho mas difícil i penosa.

Terminado el mezquino refrijerio, marido i mujer se pusieron a hacer cálculos sobre la suma que el primero recibiría en el pago i, rectificando una i otra vez sus cuentas, llegaron a la conclusion de que pagado el despacho les quedaba un sobrante suficiente para rescatar i comprar los utensilios de que la necesidad les habia obligado a

deshacerse. Aquella perspectiva los puso alegre i, como en ese momento comenzase a sonar la campana de la oficina pagadora, el obrero se calzó sus ojotas i seguido de la mujer que, llevando la criatura en brazos i el otro pequeño de la mano, caminaba hundiendo sus pies desnudos en el lodo, se dirigió hacia la carretera, uniéndose a los numerosos grupos que marchaban a toda prisa en direccion de la mina.

El viento i la lluvia que caia con fuerza les obligaba a acelerar el paso para buscar un refugio bajo los cobertizos que rodeaban el pique, los que mui luego fueron insuficientes para contener aquella abigarrada muchedumbre.

Allí estaba todo el personal de las distintas faenas, desde el anciano capataz hasta el portero de ocho años, estrechándose unos a otros para evitar el agua que se escurria del alero de los tejados i con los ojos fijos en la cerrada ventanilla del pagador.

Despues de un rato de espera el postigo de la ventana se alzó, empezando inmediatamente el pagó de los jornales. Esta operacion se hacia por secciones, i los obreros eran llamados uno a uno por los capataces que custodiaban la pequeña abertura por la que el cajero iba entregando las cantidades que constituian el haber de cada cual. Estas sumas eran en jeneral reducidas, pues se limitaban al saldo que quedaba despues de deducir el valor del aceite, carbon i multas i el total de lo consumido en el despacho.

Los obreros se acercaban i se retiraban en silencio, pues estaba prohibido hacer observaciones i no se atendia reclamo alguno, sino cuando se habia pagado al último trabajador. A veces un minero palidecia i clavaba una mirada de sorpresa i de espanto en el dinero puesto al borde de la ventanilla, sin atreverse a tocarlo, pero un: —¡Retírate!-imperioso de los capataces le

hacia estirar la mano i cojer las monedas con sus dedos temblorosos, apartándose en seguida con la cabeza baja i una espresion estúpida en su semblante trastornado.

Su mujer le salía al encuentro ansiosa, preguntándole:

—¿Cuanto te han dado?

I el obrero por toda respuesta abria la mano i mostraba las monedas i luego se miraban a los ojos quedándose mudos, sobrecojidos i sintiendo que la tierra vacilaba bajo sus pies.

De pronto algunas risotadas interrumpieron el relijioso silencio que reinaba allí. La causa de aquel ruido intempestivo era un minero que viendo que el empleado ponía sobre la tablilla una sola moneda de veinte centavos, la cojió, la miró un instante con atencion como un objeto curioso i raro i luego la arrojó con ira lejos de sí.

Una turba de pilletes se lanzó como un rayo tras la moneda que habia caido, levan-

tando un lijero penacho en mitad de una charca, miéntras el obrero, con las manos en los bolsillos, descendía por la carretera sin hacer caso de las voces de una pobre anciana que con las faldas levantadas corria gritando con acento angustioso:

—¡Juan, Juan! pero él no se detenía i mui pronto sus figuras macilentas, azotadas por el viento i por la lluvia desaparecieron arrastradas, a lo lejos, por el torrente nunca exhausto del dolor i la miseria.

Pedro María esperaba con paciencia su turno i cuando el capataz exclamó en voz alta:

—¡Barreteros de la Doble! se estremeció i aguardó nervioso, con el oído atento a que se pronunciase su nombre, pero las tres palabras que lo constituian no llegaron a sus oídos. Unos tras otros fueron llamados sus compañeros i al escuchar de nuevo la voz aguda del capataz que gritaba:

—¡Barreteros de la Media Hoja! un ca-

lofrio recorrió su cuerpo i sus ojos se agrandaron desmesuradamente. Su mujer se volvió i le dijo, entre sorprendida i temerosa:

—No te han llamado, ¡Mira! I como él no respondiese empezó a jimir, mientras mecía en sus brazos al pequeño que aburrido de chupar el agotado seno de la madre se habia puesto a llorar desesperadamente.

Una vecina se acercó:

—¿Qué no lo han llamado todavía?

I como la interpelada moviese negativamente la cabeza, dijo:

—Tampoco a éste, señalando a su hijo, un muchacho de doce años, pero tan paliduchó i raquitico que no aparentaba mas de ocho.

Aquella mujer, jóven viuda, alta, bien formada, de rostro agraciado, rojos labios i blanquísimos dientes, se arrimó a la pared del cobertizo i desde ahí lanzaba miradas fulgurantes a la ventanilla tras la cual

se veían los rubios bigotes i las encarnadas mejillas del pagador.

Pedro Maria, entretanto, ponía en tortura su majin haciendo cálculos tras cálculos, pero el obrero como tantos otros que se hallaban en el mismo caso echaba las cuentas sin la huéspedada, es decir, sin la multa imprevista, sin la disminucion del salario o el alza repentina i caprichosa de los precios del despacho.

Cuando se hubo acercado a la ventanilla el último trabajador de la última faena, la voz ruda del capataz resonó clara i vibrante:

—¡Reclamos !

I un centenar de hombres i de mujeres se precipitó hacia la oficina todos ellos estaban animados por la esperanza de que un olvido o un error fuese la causa de que sus nombres no aparecieran en las listas.

En primera fila estaba la viuda con su chico de la mano. Acercó el rostro a la abertura i dijo:

—José Ramos, portero.

—¿No ha sido llamado?

—No, señor.

El cajero recorrió las páginas del libro i con voz breve leyó:

—José Ramos, 26 dias a veinticinco centavos. Tiene un peso de multa. Queda debiendo cincuenta centavos al despacho.

La mujer roja de ira, respondió:

—¿Un peso de multa! ¿Por qué? ¡I no son veinticinco centavos los que gana sino treinta i cinco!

El empleado no se dignó contestar i con tono imperioso i apremiante gritó a traves de la ventanilla:

—¡Otro!

La jóven quiso insistir, pero los capataces la arrancaron de allí i la empujaron violentamente fuera del círculo.

Su naturaleza enérgica se sublevó, la rabia la sofocaba i sus miradas despedían llamas.

—¡Canallas, ladrones!, pudo exclamar despues de un momento con voz enronquecida. Con la cabeza echada atras, el cuerpo erguido, destacándose bajo las ropas húmedas i ceñidas los amplios hombros i el combado seno, quedó un instante en actitud de reto, lanzando rayos de intensa cólera por los oscuros i rasgados ojos.

—¡No rabies, mujer, mira que ofendes a Dios!, profirió alguien burlonamente entre la turba.

La interpelada se volvió como una leona.

—¡Dios!, dijo, para los pobres no hai Dios!

I lanzando una mirada furiosa hacia la ventanilla, exclamó:

—¡Malditos, sin conciencia, así se los tragará la tierra!

Los capataces sonreian por lo bajo i sus ojos brillaban codiciosamente contemplando a la real hembra. La viuda arrojó una mirada de desafío a todos i volviéndose ha-

cia su chico, que con la boca abierta miraba embebecido una banda de gaviotas que volaban en fila, destacando bajo el cielo brumoso su albo plumaje, como una blanca cinta que el viento empujaba hacia el mar, le gritó, dándole un empellon:

—¡Anda, bestia!

El impulso fué tan fuerte i las piernas del pequeño era tan débiles que cayó de bruces en el lodo. Al ver a su hijo en el suelo los nervios de la madre perdieron su tension i una crisis de lágrimas sacudió su pecho. Se inclinó con presteza i levantó al muchacho, besándolo amorosamente i secando con sus labios las lágrimas que corrían por aquellas mejillas pálidas a las que la pobreza de sangre daba un tinte lívido i enfermizo.

A Pedro Maria le habia llegado el turno i aguardaba mui inquieto junto a la ventanilla. Miéntras el cajero volvia las pájinas el corazon le palpitaba con fuerza i la an-

gustia de la incertidumbre le estrechaba la garganta como un dogal, de tal modo que cuando el pagador se volvió i le dijo:

—Tienes diez pesos de multa por cinco fallas i se te han descontado doce carretillas que tenian tosca. Debes, por consiguiente, tres pesos al despacho.

Quiso responder i no pudo i se apartó de alli con los brazos caidos i andando torpemente como un beodo.

Una ojeada le bastó a la mujer para adivinar que el obrero traia las manos vacias se echó a llorar balbuceando, miéntras apretaba entre sus brazos convulsivamente la criatura:

—¡Vírjen santa, qué vamos a hacer!

I cuando su marido adelantándose a la pregunta que veia venir le dijo:

—Debemos tres pesos al despacho, la infeliz redoblo su llanto al que hicieron coro mui pronto los dos pequeñuelos. Pedro Maria contemplaba aquella desesperacion mudo i

sombrio, i la vida se le apareció en ese instante con caracteres tan odiosos que si hubiera encontrado un medio rápido de librarse de ella lo habria adoptado sin vacilar.

I por la ventanilla abierta parecia brotar un hálito de desgracias, todos los que se acercaban a aquel hueco se separaban de él con el rostro pálido i convulso, los puños apretados, mascullando maldiciones i juramentos. I la lluvia caia siempre, copiosa, incesante, empapando la tierra i calando las ropas de aquellos miserables para quienes la llovizna i las inclemencias del cielo eran una parte mui pequeña de sus trabajos i sufrimientos.

Pedro Maria, taciturno, cejijunto, vió alejarse su mujer e hijos cuyos harapos adheridos a sus carnes flácidas les daban un aspecto mas miserable aun. Su primer impulso habia sido seguirlos, pero la rápida vision de las desnudas i frias paredes del cuarto, del hogar apagado, del chico pidién-

do pan, lo clavó en el sitio. Algunos compañeros lo llamaron haciéndole guiños expresivos, pero no tenía ganas de beber; la cabeza le pesaba como plomo sobre los hombros i en su cerebro vacío no había una idea, ni un pensamiento. Una inmensa laxitud entorpecía sus miembros i habiendo encontrado un lugar seco se tendió en el suelo mui pronto un sueño pesado lleno de imágenes i visiones extraordinariamente extrañas i fantásticas, cerró sus parpados.

I soñó que estaba allá abajo, piqueta en mano, atacando la vena i cosa rara le parecía que aquella masa oscura, quebradiza como el cristal, no tenía la consistencia de otras veces. Sacudió la lámpara para ver mejor i su extrañeza desapareció. No era carbon, ni otro mineral cualquiera lo que hería la acerada punta de la herramienta, sino una masa rojiza, blanda-jelatinosa. Entonces, sintió que una vívida claridad penetraba en su cerebro: aquello era el

sudor, la sangre i las lágrimas vertidas por las jeneraciones de mineros, sus antepasados, en los corredores de la mina i por los que aun poblaban sus infernales pasadizos. I sin asombro vió que el sudor que brotaba de su cuerpo era de color de púrpura i que poco a poco tomaba el tinte i consistencia del extraordinario filon.

Luego la vision se trasformó i se encontró delante de un inmenso crisol donde era arrojado el estraño mineral i que dejaba escapar por una abertura de su parte inferior un chorro dorado que saltaba como una cascada, esparciéndose en áureos arroyuelos por los campos.

Al contacto del oro la tierra se estremecía i, como al golpe de una varilla májica, brotaban de su seno palacios i moradas espléndidas en cuyas estancias resplandecientes como el dia, innumerables parejas se entrelazaban al acompasado son de voluptuosas danzas.

De pronto los bailes i las músicas cesaron i una luz estraña, rarísima, iluminó los aposentos. Los diamantes que brillaban en los cabellos i gargantas de las mujeres se desprendieron de sus engarces i rodaron como lágrimas por los niveos hombros i senos de las hermosas, haciéndolas estremecerse con su húmedo contacto. Los rubíes dejaban al caer manchas sangrientas sobre los rejios tapices. I los paredes, las escalinatas, los bronces i los mármoles, tomaron un tinte rojo, violáceo, horrible, parecian de sangre ccagulada.

Miéntras Pedro Maria contemplaba aquella brusca trasformacion, una espantable turba se abalanzó sobre los edificios: eran esqueletos que con su garfiados dedos despedazaban esos templos de la fortuna i del placer, arrancando trozos que se adherian a sus osamentas convertidos en jirones de carne palpitante.

A medida que los esqueleto se vestian

de aquella estraña manera, adquiriendo sangre i músculos, los palacios se desvanecian desmenuzados por aquellos millares de tenazas i acerados garfios. Nada restaba de las soberbias moradas, ni los cimientos. I cuando hubo desaparecido el último escombro, la última piedra, solo quedó en aquel sitio una muchedumbre de viejos, de jóvenes i niños tiznados i sucios.

El obrero se despertó súbitamente. Los cobertizos estaban desiertos i las gotas de lluvia modulaban su alegre sinfonia, escurriéndose rápidas por el alero de los tejados.



Handwritten signature or scribble in ink, possibly reading 'G. J. P.' or similar, located below the decorative line.



EL CHIFLON DEL DIABLO

En una sala baja i estrecha, el capataz de turno sentado en su mesa de trabajo i teniendo delante de si un gran rejistro abierto, vijilaba la bajada de los obreros en aquella fria mañana de invierno. Por el hueco de la puerta se veia el ascensor aguardando su carga humana que, una vez completa, desaparecía con él, callada i rápida, por la húmeda abertura del pique.

Los mineros llegaban en pequeños grupos i, miéntras descolgaban de los ganchos adheridos a las paredes sus lámparas ya encendidas, el escribiente fijaba en ellos una ojeada penetrante, trazando con el lápiz

una corta raya al márjen de cada nombre. De pronto, dirijiéndose a dos trabajadores que iban presurosos hacia la puerta de salida los detuvo con un ademan, diciéndoles:

—Quédense ustedes.

Los obreros se volvieron sorprendidos i una vaga inquietud se pintó en sus pálidos rostros. El mas jóven, muchacho de veinte años escasos, pecoso, con una abundante cabellera rojiza, a la que debia el apodo de Cabeza de Cobre, con que todo el mundo lo designaba, era de baja estatura, fuerte i robusto. El otro mas alto, un tanto flaco i huesudo, era ya viejo, de aspecto endeble i achacoso.

Ambos con la mano derecha sostenian la lámpara i con la izquierda un manajo de pequeños trozos de cordel en cuyas estremidades habia atados un boton o una cuenta de vidrio de distintas formas i colores: eran los *tantos* o señales que los barrete-ros sujetan dentro de las carretillas de

carbon para indicar arriba su procedencia.

La campana del reloj, colgado en el muro dió pausadamente las seis. De cuando en cuando un minero jadeante se precipitaba por la puerta, descolgaba su lámpara i con la misma prisa abandonaba la habitacion, lanzando al pasar junto a la mesa una tímida mirada al capataz, quien, sin despegar los labios, impassible i severo, señalaba con una cruz el nombre del rezagado.

Despues de algunos minutos de silenciosa espera el empleado hizo una seña a los obreros para que se acercasen, i les dijo:

—Son ustedes barreteros de la Alta, no es así?

—Si, señor, respondieron los interpellados.

—Siento decirles que quedan sin trabajo. Tengo orden de disminuir el personal de esa veta.

Los obreros no contestaron i hubo por un instante un profundo silencio.

Por fin el de mas edad, dijo:

—¿Pero se nos ocupará en otra parte?

El individuo cerró el libro con fuerza i echándose atrás en el asiento con tono serio contestó:

—Lo veo difícil, tenemos jente de sobra en todas las faenas.

El obrero insistió:

—Aceptamos el trabajo que se nos dé, seremos torneros, apuntaladores, lo que Ud. quiera.

El capataz movia la cabeza negativamente.

—Ya lo he dicho, hai jente de sobra i si los pedidos de carbon no aumentan, habrá que disminuir tambien la explotacion en algunas otras vetas.

Una amarga e irónica sonrisa contrajo los labios del minero, i exclamó:

—Sea usted franco, don Pedro, i díganos de una vez que quiere obligarnos a que vayamos a trabajar al Chiflon del Diablo.

El empleado se irguió en la silla i protestó indignado:

—Aquí no se obliga a nadie. Así como Uds. son libres para rechazar el trabajo que no les agráde, la Compañía, por su parte, está en su derecho para tomar las medidas que mas convengan a sus intereses.

Durante aquella filípica, los obreros con los ojos bajos escuchaban en silencio i al ver su humilde continente, la voz del capataz se dulcificó.

—Pero, aunque las órdenes que tengo són terminantes, agregó, quiero ayudarles a salir del paso. Hai en el Chiflon Nuevo o del Diablo como Uds. lo llaman dos vacantes de barreteros, pueden ocuparlas ahora mismo, pues mañana sería tarde.

Una mirada de intelijencia se cruzó entre los obreros. Conocian la táctica i sabian de antemano el resultado de aquella escaramuza. Por lo demas estaban ya resueltos a seguir su destino. No habia medio de eva-

dirse. Entre morir de hambre o aplastado por un derrumbe era preferible lo último: tenía la ventaja de la rapidez. ¿I adónde ir? El invierno, el implacable enemigo de los desamparados, como un acreedor que cae sobre los haberes del insolvente sin darle treguas ni esperas, habia despojado a la naturaleza de todas sus galas. El rayo tibio del sol, el esmaltado verdor de los campos, las alboradas de rosa i oro, el manto azul de los cielos, todo habia sido arrebatado por aquel Shylok inexorable que, llevando en la diestra su inmensa talega iba recojiendo en ella los tesoros de color i de luz que encontraba al paso sobre la faz de la tierra.

Las tormentas de viento i lluvia que convertian en torrentes los lánguidos arroyuelos, dejaban los campos desolados i yermos. Las tierras bajas eran inmensos pantanos de aguas cenagosas i en las colinas i en las laderas de los montes, los árboles sin hojas

ostentaban bajo el cielo eternamente opaco la desnudez de sus ramas i de sus troncos.

En las chozas de los campesinos el hambre asomaba su pálida faz a través de los rostros famélicos de sus habitantes, quienes se veían obligados a llamar a las puertas de los talleres i de las fábricas en busca del pedazo de pan que les negaba el mustio suelo de las campiñas exhaustas.

Habia, pues, que someterse a llenar los huecos que el fatídico corredor abría constantemente en sus filas de inermes desamparados, en perpetua lucha contra las adversidades de la suerte, abandonados de todos, i contra quienes toda injusticia e iniquidad estaba permitida.

El trato quedó hecho. Los obreros aceptaron sin poner objeciones el nuevo trabajo i un momento despues estaban en la jaula, cayendo a plomo en las profundidades de la mina.

La galeria del Chiflon del Diablo tenia

una siniestra fama. Abierta para dar salida al mineral de un filon recién descubierto se habian en un principio ejecutado los trabajos con el esmero requerido. Pero a medida que se ahondaba en la roca, ésta se tornaba porosa e inconsistente. Las filtraciones un tanto escasas al empezar habian ido en aumento, haciendo muy precaria la estabilidad de la techumbre que solo se sostenia mediante sólidos revestimientos.

Una vez terminada la obra, como la inmensa cantidad de maderas que habia que emplear en los apuntalamientos aumentaba el costo del mineral de un modo considerable, se fué descuidando poco a poco esta parte esencialísima del trabajo. Se revestia siempre, si, pero con flojedad, economizando todo lo que se podía.

Los resultados de este sistema no se dejaron esperar. Continuamente habia que extraer de allí un contuso, un herido i tambien a veces algun muerto aplastado por

un brusco desprendimiento de aquel techo falto de apoyo, i que, minado traidoramente por el agua, era una amenaza constante para las vidas de los obreros, quienes atemorizados por la frecuencia de los hundimientos empezaron a rehuir las tareas en el mortífero corredor. Pero la Compañía venció mui luego su repugnancia con el cebo de unos cuantos centavos mas en los salarios i la explotacion de la nueva veta, continuó:

Mui luego, sin embargo, el alza de jornales fué suprimida sin que por esto se paralizasen las faenas, bastando para obtener este resultado el método puesto en práctica por el capataz aquella mañana.

Muchas veces, a pesar de los capitales invertidos en esa seccion de la mina se habia pensado en abandonarla, pues el agua estropeaba en breve los revestimientos que habia que reforzar continuamente, i aunque esto se hacia en las partes solo indispen-

sables, el consumo de maderos resultaba siempre excesivo. Pero para desgracia de los mineros, la hulla estraida de allí era superior a la de los otros filones i la carne del dócil i manso rebaño puesta en el platillo mas leve, equilibraba la balanza, permitiéndole a la Compañía explotar sin interrupcion el riquísimo venero, cuyos negros cristales guardaban a traves de los siglos la irradiacion de aquellos millones de soles que trazaron su ruta celeste, desde el oriente al ocaso, allá en la infancia del planeta.

Cabeza de Cobre llegó esa noche a su habitacion mas tarde que de costumbre. Estaba grave, meditabundo, i contestaba con monosílabos las cariñosas preguntas que le hacia su madre sobre su trabajo del dia. En ese hogar humilde habia cierta decencia i limpieza por lo comun desusadas en aquellos albergues donde en promiscuidad repugnante se confundian hombres, mujeres i niños i una variedad tal de ani-

males que cada uno de aquellos cuartos sugería en el espíritu la bíblica visión del Arca de Noé.

La madre del minero era una mujer alta, delgada, de cabellos blancos. Su rostro muy pálido tenía una expresión resignada y dulce que hacía más suave aun el brillo de sus ojos húmedos, donde las lágrimas parecían estar siempre prontas a resbalar. Llamábase María de los Angeles.

Hija y madre de mineros, terribles desgracias la habían envejecido prematuramente. Su marido y dos hijos muertos unos tras otros por los hundimientos y las explosiones del grisú, fueron el tributo que los suyos habían pagado a la insaciable avaricia de la mina. Solo le restaba aquel muchacho por quien su corazón, joven aun, pasaba en continuo sobresalto.

Siempre temerosa de una desgracia su imaginación no se apartaba un instante de las tinieblas del manto carbonífero que ab-

sorbía aquella existencia que era su único bien, el único lazo que la sujetaba a la vida.

¡Cuántas veces en esos instantes de recogimiento había pensado, sin acertar a explicárselo, en el por qué de aquellas odiosas desigualdades humanas que condenaba a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos. ¡I si tan solo se pudiera vivir sin aquella perpetua zozobra por la suerte de los seres queridos, cuyas vidas eran el precio, tántas veces pagado, del pan de cada día!

Pero aquellas cavilaciones eran pasajeras i no pudieron descifrar el enigma, la anciana ahuyentaba esos pensamientos i tornaba a sus quehaceres con su melancolía habitual.

Miéntras la madre daba la última mano a los preparativos de la cena, el muchacho sentado junto al fuego permanecía silencioso, abstraído en sus pensamientos. La anciana.

inquieta por aquel mutismo, se preparaba a interrogarlo cuando la puerta jiró sobre sus goznes i un rostro de mujer asomó por la abertura.

—Buenas noches, vecina. ¿Cómo está el enfermo? preguntó cariñosamente Maria de los Angeles.

—Lo mismo, contestó la interrogada, penetrando en la pieza. El médico dice que el hueso de la pierna no ha soldado todavía i que debe estar en la cama sin moverse.

La recién llegada era una jóven de moreno semblante, demacrado por vijilias i privaciones. Tenía en la diestra una escudilla de hoja de lata i, mientras respondia, esforzábbase por desviar la vista de la sopa que humeaba sobre la mesa.

La anciana alargó el brazo i cojió el jarro i en tanto vaciaba en él el caliente líquido, continuó preguntando:

¿I hablaste, hija, con los jefes? ¿Te han dado algun socorro?

La jóven murmuró con desaliento:

—Si, estuve allá. Me dijeron que no tenia derecho a nada, que bastante hacian con darnos el cuarto; pero, que si él se moria fuera a buscar una órden para que en el despacho me entregaran cuatro velas i una mortaja.

I dando un suspiro agregó:

—Espero en Dios que mi pobre Juan no los obligará a hacer ese gasto.

Maria de los Anjeles añadió a la sopa un pedazo de pan i puso ámbas dádivas en mano de la jóven, quien se encaminó hácia la puerta, diciendo agradecida:

—La vírjen se lo pagará, vecina.

—Pobre, Juana, dijo la madre, dirijiéndose a su hijo, que habia arrimado su silla junto a la mesa, pronto hará un mes que sacaron a su marido del pique con la pierna rota.

¿En qué se ocupaba?

—Era barretero del Chiflon del Diablo.

—¡Ah, sí, dicen que los trabajan ahí tienen la vida vendida!

--No tanto, madre, dijo el obrero, ahora es distinto, se han hecho grandes trabajos de apuntalamientos. Hace mas de una semana que no hai desgracias.

--Será así como dices, pero yo no podria vivir si trabajaras allá; preferiria irme a mendigar por los campos. No quiero que te traigan un dia como me trajeron a tu padre i a tus hermanos.

Gruesas lágrimas se deslizaban por el pálido rostro de la anciana. El muchacho callaba i comia sin levantar la vista del plato.

Cabeza de Cobre se fué a la mañana siguiente a su trabajo sin comunicar a su madre el cambio de faena efectuado el dia anterior. Tiempo de sobra habria siempre para darle aquella mala noticia. Con la despreocupacion propia de la edad no daba grande importancia a los temores de la anciana. Fatalista, como todos sus camaradas,

creía que era inútil tratar de sustraerse al destino que cada cual tenía de antemano designado.

Cuando una hora después de la partida de su hijo María de los Angeles abrió la puerta, se quedó encantada de la radiante claridad que inundaba los campos. Hacía mucho tiempo que sus ojos no veían una mañana tan hermosa. Un nimbo de oro circundaba el disco del sol que se levantaba sobre el horizonte enviando a torrentes sus vívidos rayos sobre la húmeda tierra, de la que se desprendían por todas partes azules y blancos vapores. La luz del astro, suave como una caricia, derramaba un soplo de vida sobre la naturaleza muerta. Bandadas de aves cruzaban, allá lejos, el sereno azul y un gallo de plumas tornasoladas desde lo alto de un montículo de arena, lanzaba un alerta estridente cada vez que la sombra de un pájaro deslizábase junto a él.

Algunos viejos, apoyándose en bastones i muletas, aparecieron bajo los sucios corredores, atraídos por el glorioso resplandor que iluminaba el paisaje. Caminaban despacio, estirando sus miembros entumecidos, ávidos de aquel tibio calor que fluía de lo alto.

Eran los inválidos de la mina, los vencidos del trabajo. Mui pocos eran los que no estaban mutilados i que no carecían ya de un brazo o de una pierna. Sentados en un banco de madera que recibía de lleno los rayos del sol, sus pupilas fatigadas, hundidas en las órbitas, tenían una estraña fijeza. Ni una palabra se cruzaba entre ellos, i de cuando en cuando tras una tos breve i cavernosa, sus labios cerrados se entreabrían para dar paso a un escupitajo negro como la tinta.

Se acercaba la hora del medio día i en los cuartos las mujeres atareadas preparaban las cestas de la merienda para los tra-

bajadores, cuando el breve repique de la campana de alarma las hizo abandonar la faena i precipitarse despavoridas fuera de las habitaciones.

En la mina el repique habia cesado i nada hacia presajiar una catástrofe. Todo tenia allí el aspecto ordinario i la chimenea dejaba escapar sin interrupcion su enorme penacho que se ensanchaba i crecia arrastrado por la brisa que lo empujaba hácia el mar.

Maria de los Angeles se ocupaba en colocar en la cesta destinada a su hijo la botella del café, cuando la sorprendió el toque de alarma i, soltando aquellos objetos, se abalanzó hacia la puerta frente a la cual pasaban a escape con las faldas levantadas, grupos de mujeres seguidas de cerca por turbas de chiquillos que corrian desesperadamente en pos de sus madres. La anciana siguió aquel ejemplo: sus pies parecian tener alas, el aguijon del terror galva-

nizaba sus viejos músculos i todo su cuerpo se estremecía i vibraba como la cuerda del arco en su máximun de tension.

En breve se colocó en primera fila i su blanca cabeza herida por los rayos del sol parecia atraer i precipitar tras de si la masa sombría del harapiento rebaño.

Las habitaciones quedaron desiertas. Sus puertas i ventanas se abrían i se cerraban con estrépito impulsadas por el viento. Un perro atado en uno de los corredores, sentado en sus cuartos traseros, con la cabeza vuelta hacia arriba, dejaba oír un aullido lúgubre como respuesta al plañidero clamor que llegaba hasta él, apagado por la distancia.

Solo los viejos no habian abandonado su banco calentado por el sol, i mudos e inmóviles, seguian siempre en la misma actitud, con los turbios ojos fijos en un mas allá invisible i ajenos a cuanto no fuera aquella férvida irradiacion que infiltraba en

sus yertos organismos un poco de aquella energía i de aquel tibio calor que hacia renacer la vida sobre los campos desiertos.

Como los polluelos que, percibiendo de improviso el rápido descenso del gavilan, corren lanzando pitíos desesperados a buscar un refugio bajo las plumas erizadas de la madre, aquellos grupos de mujeres con las cabelleras destrenzadas, jimoteando, fustigadas por el terror, aparecieron en breve bajo los brazos descarnados de la cábria, empujandose i estrechándose sobre la húmeda plataforma. Las madres apretaban a sus pequeños hijos, envueltos en sucios harapos, contra el seno semi desnudo, i un clamor que no tenia nada de humano brotaba de las bocas entreabiertas contraídas por el dolor.

Una recia barrera de maderos defendia por un lado la abertura del pozo i en ella fué a estrellarse parte de la multitud. En el otro lado unos cuantos obreros con la

mirada hosca, silenciosos i taciturnos, contenian las apretadas filas de aquella turba que ensordecia con sus gritos, pidiendo noticias de sus deudos, del número de muertos i del sitio de la catástrofe.

En la puerta de los departamentos de las máquinas se presentó con la pipa entre los dientes uno de los ingenieros, un ingles corpulento, de patillas rojas, i con la indiferencia que da la costumbre, paseó una mirada sobre aquella escena. Una formidable imprecacion lo saludó i centenares de voces aullaron:

—¡Asesinos, asesinos!

Las mujeres levantaban los brazos por encima de sus cabezas i mostraban los puños ebrios de furor. El que habia provocado aquella esplosion de odio lanzó al aire algunas bocanadas de humo i volviendo la espalda, desapareció.

Las noticias que los obreros daban del accidente calmó un tanto aquella exitacion.

El suceso no tenia las proporciones de las catástrofes de otras veces: solo habia tres muertos de quienes se ignoraban aun los nombres. Por lo demas i casi no habia necesidad de decirlo, la desgracia, un derrumbe, habia ocurrido en la galeria del Chiflon del Diablo donde se trabajaba hacia ya dos horas en extraer las víctimas, esperándose de un momento a otro la señal de *izar* en el departamento de las máquinas.

Aquel relato hizo nacer la esperanza en muchos corazones devorados por la inquietud. Maria de los Angeles, apoyada en la barrera, sintió que la tenaza que mordía sus entrañas aflojaba sus férreos garfios. No era la suya esperanza sino certeza: de seguro él no estaba entre aquellos muertos. I reconcentrada entre si misma con ese feroz egoismo de las madres oía casi con indiferencia los histéricos sollozos de las mujeres i sus ayes de desolacion i angustia.

Entretanto huían las horas i bajo las arca-
eadas de cal i ladrillo, la máquina inmóvil
dejaba reposar sus miembros de hierro en
la penumbra de los vastos departamentos;
los cables, como los tentáculos de un pulpo,
surjian estremecientes del pique hondísimo
i enroscaban en la bobina sus flexibles i
viscosos brazos; la masa humana, apretada
i compacta, palpitaba i jemía como una res
desangrada i moribunda i arriba, por sobre
la campiña inmensa, el sol, traspuesto ya el
meridiano, continuaba lanzando los haces
centelleantes de sus rayos tibios i una calma
i serenidad celestes se desprendían del cón-
cavo espejo del cielo, azul i diáfano, que no
empañaba una nube.

De improvise el llanto de las mujeres
cesó: un campanazo seguido de otros tres
resonaron lentos i vibrantes: era la señal
de izar. Un estremecimiento ajitó la mu-
chedumbre que siguió con avidez las oscila-
ciones del cable que subía; en cuya estre-

midad estaba la terrible incógnita que todos ansiaban i temian descifrar.

Un silencio lúgubre interrumpido apenas por uno que otro sollozo reinaba en la plataforma i el aullido lejano se esparcía en la llanura i volaba por los aires, hiriendo los corazones como un presajio de muerte.

Algunos instantes pasaron, i de pronto la gran argolla de hierro que corona la jaula, asomó por sobre el brocal. El ascensor se balanceó un momento i luego se detuvo sujeto por los ganchos del reborde superior.

Dentro de él algunos obreros con las cabezas descubiertas rodeaban una carretilla negra de barro i de polvo de carbon.

Un clamoreo inmenso saludó la aparición del fúnebre carro, la multitud se arremolinó i su loca desesperacion dificultaba enormemente la estraccion de los cadáveres. El primero que se presentó a las ávidas miradas de la turba estaba forrado en man-

tas i solo dejaba ver los pies descalzos, ríjidos i manchados de lodo. El segundo que siguió inmediatamente al anterior tenia la cabeza desnuda: era un viejo de barba i cabellos grises.

El tercero i último apareció a su vez. Por entre los pliegues de la tela que lo envolvía asomaban algunos mechones de pelos rojos que lanzaban a la luz del sol un reflejo de cobre recién fundido. Varias voces profirieron con espanto:

—El Cabeza de Cobre!

El cadáver tomado por los hombros i por los pies fué colocado trabajosamente en la camilla que lo aguardaba.

Maria de los Angeles al percibir aquel lívido rostro i esa cabellera que parecia empapada en sangre, hizo un esfuerzo sobrehumano para abalanzarse sobre el muerto; pero apretada contra la barrera solo pudo mover los brazos en tanto que un sonido inarticulado brotaba de su garganta.

Luego, sus músculos se aflojaron, los brazos cayeron a lo largo del cuerpo i permaneció inmóvil en el sitio como herida por el rayo.

Los grupos se apartaron i muchos rostros se volvieron hácia la mujer, quien con la cabeza doblada sobre el pecho, sumida en una insensibilidad absoluta parecia absorta en la contemplacion del abismo abierto a sus pies.

Un rayo de sol, pasando a traves de la red de cables i de maderos, heria oblicuamente la húmeda pared del pozo. Atraídas por aquel punto blanco i brillante las pupilas de la anciana, espantosamente dilatadas, claváronse en el círculo luminoso, el cual lentamente i como si obedeciera a la inexorable, escrutadora mirada, fué ensanchándose i penetrando en la masa de roca como a traves de un cristal diáfano i transparente.

Aquella rendija, semejante al tubo de un

colosal anteojo, puso a la vista de Maria de los Anjeles un mundo desconocido: un laberinto de corredores abiertos en la roca viva, sumerjidos en tinieblas impenetrables i en los cuales el rayo de sol esparcia una claridad vaga i difusa.

A veces el haz luminoso, cual una barra de diamante, agujereaba los techos de lóbregas galerias a las que se sucedian redes inestricables de pasadizos estrechos por los que apénas podria deslizarse una alimaña.

De pronto las pupilas de la anciana se animaron: tenia a la vista un largo corredor mui inclinado en el que tres hombres forcejeaban por colocar dentro de la vía una carretilla de mineral. Una lluvia copiosa caia desde la techumbre sobre sus torsos desnudos. Maria de los Anjeles reconoció a su hijo en uno de aquellos obreros en el instante en que se erguian violentamente i fijaban en el techo una mi-

rada de espanto: siguióse un chasquido seco i desapareció la vision.

Cuando las tinieblas se disiparon la anciana vió flotar sobre un monton de escombros una densa nube de polvo, al mismo tiempo que un llamado de infinita angustia, un grito de terrible agonía subió por el inmenso tubo acústico i murmuró junto a su oído:

—¡Madrë mia!

.....

Jamas se supo como salvó la barrera, detenida por los cables niveles, se la vió por un instante ajitar sus piernas descarnadas en el vacío, i luego, sin un grito, desaparecer en el abismo. Algunos segundos despues, un ruido sordo, lejano, casi imperceptible, brotó de la hambrienta boca del pozo de la cual se escapaban bocanadas de ténues vapores: era el aliento del monstruo ahito de sangre en el fondo de su cubil.





EL POZO

Con los brazos arremangados i llevando sobre la cabeza un cubo lleno de agua, Rosa atravesaba el espacio libre que habia entre las habitaciones i el pequeño huerto, cuya cerca de ramas i troncos secos se destacaba oscura, casi negra, en el suelo arenoso de la campiña polvorienta.

El rostro moreno, asaz encendido de la muchacha, tenia toda la frescura de los dieciseis años i la suave i cálida coloracion de la fruta no tocada todavía. En sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas, habia una espresion desenfadada i picaresca, i su boca de labios rojos i sensuales mos-

traba al reir dos hileras de dientes blancos que envidiaría una reina.

Aquella postura, con los brazos en alto, hacia resaltar en el busto opulento lijera-mente echado atras i bajo el corpiño de burda tela, sus senos firmes, redondos e incitantes. Al andar cimbrábanse el flexible talle i la ondulante falda de percal azul que modelaba sus caderas de hembra bien conformada i fuerte.

Pronto se encontró delante de la puer-tecilla que daba acceso al cercado i pene-tró en su interior. El huerto mui pequeño estaba plantado de hortalizas cuyos cua-dros mustios i marchitos empezó la jóven a refrescar con el agua que habia traído. Vuelta de espaldas hácia la entrada, intro-ducia en el cubo puesto en tierra, ambas manos, i lanzaba el líquido con fuerza de-lante de sí. Absorta en esta operacion no se dió cuenta de que un hombre, deslizán-dose sijilosamente por el postigo entrea-

bierto, avanzó hacia ella a paso de lobo, evitando todo rumor. El recién llegado era un individuo muy joven cuyo rostro pálido, casi imberbe, estaba iluminado por dos ojos oscuros llenos de fuego.

Un ligero bozo apuntaba en su labio superior, y el cabello negro y lacio que caía sobre su frente deprimida y estrecha le daba un aspecto casi infantil. Vestía una camiseta de rayas blancas y azules, pantalón gris y calzaba alpargatas de cáñamo.

El leve roce de las hojas secas que tapizaban el suelo hizo volverse a la joven rápidamente y una expresión de sorpresa y de marcado disgusto se pintó en su expresiva fisonomía.

El visitante se detuvo frente a un cuadro de coles y de lechugas que lo separaba de la moza y se quedó inmóvil, devorándola con la mirada.

La muchacha con los ojos bajos y el ceño fruncido, callaba enjugando las manos en los pliegues de su traje.

--Rosa, dijo el mozo con tono jovial i risueño, pero que acusaba una emocion mal contenida,—Qué a tiempo te volviste. ¡Vaya con el susto que te habria dado!

I cambiando de acento con vos apasionada e insinuante prosiguió:

—Ahora que estamos solos me dirás que es lo que te han dicho de mí; por qué no me oyes i te escondes cuando quiero verte.

La interpelada permaneció silenciosa i su aire de contrariedad se acentuó. El reclamo amoroso se hizo tierno i suplicante.

—Rosa, imploró la voz ¡tendré tan mala suerte que desprecies este cariño, este corazon que es mas tuyo que mio? ¡Acuérdate que eramos novios, que me querias!

Con acento reconcentrado, sin levantar la vista del suelo, la moza respondió:

—¡Nunca te dije nada!

—Es cierto, pero tampoco te esquivabas cuando te hablaba de amor. I el dia que te juré casarme contigo no me dijiste que no.

Al contrario te reias i con los ojos me dabas el sí.

—Creí que lo decias por broma.

Una forzada sonrisa vagó por los labios del galan i en tono de doloroso reproche contestó:

—¡Broma! ¡Mira aunque se rian de mi porque me caso a fardo cerrado, dí una palabra i ahora mismo voi a buscar el cura para que nos eche las bendiciones.

Rosa, cuya impaciencia i fastidio habian ido en aumento, por toda respuesta se inclinó, tomó el balde i dió un paso hácia la puerta. El mozo se interpuso i con tono sombrío i resuelto exclamó:

—No te irás de aquí miétras no me digas por qué has cambiado de ese modo!

—Nada tengo que decirte i si no me dejas pasar, grito i llamo a mi madre.

Una oleada de sangre coloreó el pálido rostro del muchacho, un relámpago brotó

de sus ojos i con voz trémula por el dolor i por la cólera profirió.

—¡Ah! perra, ya sé quién es el que te ha puesto así; pero ántes que se salga con la suya, como hai Dios que le arrancaré la lengua i el alma!

Rosa, erguida delante de él, lo contemplaba hosca i huraña.

—Por última vez ¿Quiéres o no ser mi mujer?

—¡Nunca! dijo con fiereza la jóven. ¡Primero muerta!

La mirada con que acompañó sus palabras fué tan despreciativa i habia tal expresion de desafío en sus verdes i luminosas pupilas que el muchacho quedó un instante como atontado sin hallar que responder; pero de improviso ébrio de despecho i de deseos dió un salto hácia la moza, la cojió por la cintura i levantándola en el aire, la tumbó sobre la hojarasca.

Una lucha violentísima se entabló. La

jóven, robusta i vigorosa, opuso una desesperada resistencia i sus dientes i sus uñas se clavaron con furor en la mano que sofocaba sus gritos i la impedía demandar socorro.

Una aparicion inesperada la salvó. Un segundo individuo estaba de pié en el umbral de la puerta. El agresor se levantó de un brinco i con los puños cerrados i la mirada centelleante, aguardó al intruso que avanzó recto hácia él con el rostro ceñudo i los ojos inyectados de sangre.

Rosa, con las mejillas encendidas, surcadas por lágrimas de fuego, reparaba junto a la cerca el desórden de sus ropas. Las desgarraduras del corpiño dejaban entrever tesoros de ocultas bellezas que su dueña esmerábase en poner a cubierto con el pañolillo anudado al cuello, avergonzada i llorosa.

Entretanto, los dos hombres habian empeñado una lucha a muerte. La primera

embestida furibunda i rabiosa puso de manifiesto su vigor i destreza de combatientes. El defensor de la muchacha, tambien mui jóven, era un palmo mas alto que su antagonista. De anchas espaldas i fornido pecho era todo un buen mozo, de ojos claros, rizado cabello i rubios bigotes. Silenciosos, sin mas armas que los puños, despidiendo bajo el arco de sus cejas contraídas relámpagos de odio se atacaban con extraordinario furor. El mas bajo, de miembros delgados, esquivaba con pasmosa agilidad los terribles puñetazos que le asestaba su enemigo, devolviéndole golpe por golpe, firme i derecho sobre sus jarretes de acero. La respiracion estertorosa silbaba al pasar por entre los dientes apretados que rechinaban de rabia cada vez que el puño del adversario alcanzaba sus rostros conjestionados i sudorosos.

Rosa, miéntras arrancaba con sus dedos las hojas secas adheridas a las negrísimas

ondas de sus cabellos, seguía con los ojos llameantes las peripecias de la refriega, que se prolongaba sin ventajas visibles para los campeones enfurecidos, que delante de la moza redoblaban sus acometidas como fieras en celo que se disputan la posesion de la hembra que los excita i enamora

Los cuadros de hortalizas eran pisoteados sin piedad i aquel destrozo arrancó una mirada de desolacion a los airados ojos de la jóven. *La ira que ardía en su pecho se acrecentó, i en el instante en que su ofensor pasaba junto a ella acosado por su formidable adversario, tuvo una súbita inspiracion: se agachó i cojiendo un puñado de arena se lo lanzó a la cara. El efecto fué instantáneo, el que retrocedía se detuvo vacilante i en un segundo fué derribado en tierra donde quedó sin movimiento, oprimido el pecho bajo la rodilla del vencedor.*

Rosa lanzó una postrera mirada al grupo

i luego sin preocuparse del cubo vacío se precipitó fuera del cercado i salvó a la carrera la distancia que la separaba de las habitaciones. Al llegar se volvió para mirar atrás i distinguió entre los matorrales la figura de su salvador que se alejaba, miéntras que por la parte opuesta caminaba el vencido, apartándose apresuradamente del sitio de la batalla.

La jóven se deslizó por los corredores casi desiertos i despues de pasar por delante de una série de puertas, se detuvo delante de una apénas entornada i, empujándola suavemente, traspuso el umbral. Un gran fuego ardía en la chimenea i en el centro del cuarto una mujer encucillas delante de una artesa de madera se ocupaba en lavar algunas piezas de ropa. Las paredes blanqueadas i desnudas acusaban la miseria. En el suelo i tirados por los rincones habia desperdicios que exhalaban un olor infecto. Una mesa i algunas sillas co-

jas componian todo el mobiliario i detras de la puerta asomaba el pasamanos de una escalera que conducia a una segunda habitacion situada en los altos. La mujer de edad ya madura, corpulenta, de rostro cubierto de pecas i de manchas, sin interrumpir su tarea fijó en la moza una mirada escrutadora, exclamando de pronto con estrañeza:

—¿Qué tienes, qué te ha pasado?

Rosa con tono compunjado i lacrimoso respondió:

—¡Ai, madre! El huerto está hecho pedazos. Las coles, las lechugas, los rábanos, todo lo han arrancado i pisoteado!

El semblante de la mujer se puso rojo como la púrpura.

—¡Ah! condenada, gritó, seguro que has dejado la puerta abierta i se ha entrado la chancha del otro lado!

Púsose de pié blandiendo sus rollizos brazos arremangados por encima del codo i se desató en improprios i amenazas.

—¡Bribona! si ha sido así, apronta el cuero porque te lo voi a arrancar a tiras!

I con las sayas levantadas se dirijió presurosa a comprobar el desastre.

La atmósfera estaba pesada i ardiente i el sol ascendia al cenit en un cielo plumizo lijeramente brumoso. En la arena gris i movediza hundíanse los piés, dejando un surco blanquecino. Rosa que caminaba detras de su madre, lanzando a todas partes miradas inquietas i escudriñadoras, distinguió despues de un instante, por encima de un pequeño matorral la cabeza de alguien puesto en acecho.

La jóven sonrió. Acababa de reconocer en el que atisbaba a su defensor, quien, viendo que la muchacha lo habia descubierto, se incorporó un tanto i le envió con la diestra un beso a traves de la distancia. Brillaron los ojos de la moza i sus mejillas se tiñeron de carmin, i a pesar de comprender que, dado el carácter violento de su

madre, la aguardaba talvez una paliza, penetró alegre, casi risueña en el malhadado huerto dentro del cual se alzaba un coro formidable de jemidos, maldiciones i juramentos.

*
* *
*

Rosa pertenecía a una familia de mineros. Hija única, ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos, mientras el padre, viejo barretero, luchaba encarnizadamente debajo de la tierra para ganar el mísero salario que era el pan de cada día. La muchacha, tosca i rústica, era toda una belleza. Nada inocente, pues el medio no lo permitía, era, sin embargo, una virtud arisca inaccesible hasta entónces a las seducciones de los galanes que bebían los vientos por aquella beldad de cuerpo sano, exuberante de vida con la gracia irresistible de la mujer ya formada.

Entre los que mas de cerca la asediaban

distinguíanse dos mozos gallardos i apuestos que eran la flor i nata de los tenorios de la mina. Ambos habian puesto sitio en toda regla a la linda Rosa que recibia sus apasionadas declaraciones con risotadas, dengues i mohines llenos de gracia i de malicia. Amigos desde la infancia aquel amor habia enfriado sus relaciones, concluyendo por separarlos completamente.

Durante algun tiempo, Remijio el carretilero, un moreno pálido, delgado i esbelto, pareció haber inclinado a su favor el poquísimo interes que prestaba a sus adoradores la desdeñosa muchacha. Pero aquello duró mui poco i el enamorado mozo vió con amarga decepcion que el barretero Valentin, su rubio rival, lo desbancaba en el voluble corazon de la hermosa. Esta que en un principio oia sonriente sus apasionadas protestas, alentándolo a veces con una mirada incendiaria, empezó de pronto a huir de él, a esquivar su presencia i las

pocas ocasiones que lograba hablarla apenas podia arrancarle una que otra frase evasiva, acompañada de un jesto de despego i de disgusto.

El desvio de la moza exaltó su pasion hasta el infinito. Mordido por los celos, redobló sus esfuerzos para reconquistar el terreno perdido, estrellándose contra el creciente desamor de la jóven que cada dia demostraba con señales visibles su simpatia i preferencia por el otro. La rivalidad de ambos aumentó i el odio anidado en sus corazones hizo de ellos dos enemigos irreconciliables. Vijilábanse mutuamente i echaban mano de todos los medios puestos a su alcance para estorbar al contrario e impedirle que tomase alguna ventaja.

Como siempre i segun la costumbre, el cerco puesto por lo galanes a su hija no inquietaba en lo mas mínimo a los padres. Cediese o no al amoroso reclamo era asunto que solo a ella le importaba.

Remijio el desdeñado pretendiente, quiso un dia tener con la jóven una esplicacion decisiva i salir, de una vez por todas, de la incertidumbre que lo atormentaba, para lo cual decidió no ir una mañana a su trabajo en el fondo de la cantera. Valentin que tuvo conocimiento por un camarada de aquella novedad, recelando el motivo que la ocasionaba resolvió quedarse para espiar los pasos de su rival lo que trajo por consecuencia el encuentro del huerto i el terrible combate que se siguió.

Rosa, cuyo corazon dormia aun, habia acojido con cierta coquetería las amorosas insinuaciones de Remijio que fué el primero en requebrarla. Halagábala aquella conquista que habia despertado la envidia de muchas de sus compañeras; pero la vehemencia de aquel amor i la mirada de esos ojos sombríos que se fijaban en los suyos cargados de pasion i de deseos la hacian estremecer. El miedo al hombre, al macho,

aplacaba, entónces, los ardores nacientes de su carne produciéndole la proximidad del mozo un instintivo sentimiento de repulsion.

Mas, cuando principió a cortejarla el otro, el rubio i apuesto Valentin, un cambio brusco se operó en ella. Poníase encendida a la vista del jóven i si la dirijia la palabra, la respuesta incisiva, vivaz i pronta con que dejaba parado al mas atrevido, no acudia a sus labios i despues de balbucear uno que otro monosilabo terminaba por escabullirse cortada i ruborosa.

La abierta i franca lisonomia del mozo, su caracter alegre i turbulento la atraieron insensiblemente i el amor escondido hasta entónces en el fondo de su ser jermínó vigoroso en aquella tierra virgen.

Despues de la refriega de ese dia la actitud de los dos rivales se modificó. Mientras Valentin seguia cortejando abiertamente a la moza, Remijio se limitaba a vigilarla a la distancia. Su pasion excitada por

los celos i aguijoneada por el despecho se habia tornado en una hoguera voraz que lo consumia. Su exaltada imaginacion fraguaba los planes mas descabellados para tomar venganza, pronta i terrible, de la infiel, de la traidora.

Rosa, por su parte, entregada de lleno a su naciente amor no se cuidaba gran cosa de su antiguo pretendiente. No le guardaba rencor i solo sentia por él una desdeñosa indiferencia.

Las cosas quedaron así por algun tiempo. El huerto habia sido reparado i los cuadros rehechos, pero nunca se descubrió a los autores del destrozo ni se supo lo que allí habia pasado.

Un dia el padre de la muchacha tuvo una idea luminosa. Como el agua para el riego habia que acarrearla desde una gran distancia, resolvió abrir un pozo junto al cercado. Comunicado el proyecto a su mujer i a su hija, éstas lo aplaudieron caluro-

samente. No habia grandes dificultades que vencer, pues el terreno sobre el que se asentaba la pequeña poblacion estaba formado por arena negra i gruesa hasta una gran profundidad. A los cuatro metros de la superficie brotaba el agua que se mantenía al mismo nivel en todas las estaciones. Quedó acordado que el domingo siguiente se pondria mano a la obra para lo cual ofrecieron su concurso los amigos, contándose entre los mas entusiastas a Remijio i Valentin.

El dia designado llegó i mui de mañana se empezaron los trabajos. La escavacion se hizo cerca de la puerta de entrada i al medio dia se habian profundizado dos metros. La arena era estraída por medio de un gran balde de hierro atado a un cordel que pasaba por una polea, sujeta a un travesaño de madera.

Los adversarios eran los mas empeñosos en la tarea, pero evitando siempre todo

contacto. Miéntas el uno estaba abajo llenando el balde, el otro estaba arriba apartando la arena léjos de la abertura. En un momento en que Remijio permanecía metido en el agujero, Valentin pretestando que tenia sed, tiró la pala i se encaminó en derechura a la habitacion de Rosa. La jóven estaba sentada cosiendo junto a la puerta.

—Vengo a pedirte un vaso de agua. Ando muerto de sed, díjole el obrero, con tono alegre i malicioso.

Rosa se levantó en silencio, con los ojos brillantes i yendo hácia un rincon del cuarto volvió con un vaso que Valentin cojió junto con la pequeña i morena mano que lo sostenía.

La jóven risueña i sonrojada profirió:

—¡Vaya, no la derrames!

Él la miraba sonriente, fascinándola con la mirada. Se bebió el agua de un sorbo i luego enjugándose los labios con la manga de la blusa agregó, festivo i zalamero:

—Rosa, si para verte fuera preciso tomarse cada minuto un vaso de agua, yo me tragaria el mar.

La jóven se rió mostrando su blanca dentadura.

—¡I así tan salado!

—¡Así, i con pescao, barcos i todo!

Con una alegre carcajada saludó la moza la ocurrencia.

—¡Vaya qué tragaderas!

Una vos preguntó desde arriba:

—Rosa, ¿quién está ahí?

—Es Valentin, madre.

Un ¡ah! indiferente pasó a traves del techo i todo quedó en silencio.

Valentin habia cojido a la moza por la cintura i la atrajo hácia sí. Rosa con las manos puestas en el amplio pecho del mozo se resistia i murmuraba con voz queda i suplicante:

—¡Vaya! ¡Déjame!

Su combado seno henchíase como el olea-

je en dia de tormenta i el corazon le golpeaba adentro con acelerado i vertiginoso martilleo.

El mozo enardecido le decia tiernamente:

—¡Rosa! ¡Vida mia! ¡Mi linda paloma!

La jóven, vencida, fijaba en él una mirada desfalleciente, llena de promesas, impregnada de pasion. La rijidez de sus brazos aflojábbase poco a poco i a medida que sentia aproximarse aquel aliento que le abrasaba el rostro, retrocedia, echando atras la hermosa cabeza hasta que tocó la pared. Cerró entónces los ojos, i el muchacho con la suya hambrienta recojió en la fresca boca puesta a su alcance, las primicias de esos labios mas encendidos que un manojo de claveles i mas dulces que el panal de miel que elabora en las frondas la abeja silvestre.

Un paso pesado que hacia crujir la escalera hizo apartarse bruscamente a los aman-

tes. El obrero abandonó el cuarto diciendo en voz alta:

—¡Gracias, Rosa, hasta luego!

La jóven ajitada i trémula cojió de nuevo la aguja, pero su pulso estaba tembloroso i se pinchaba a cada instante.

Valentin, miéntras caminaba hacia el pozo pensaba henchido de júbilo que el triunfo final estaba próximo. Si la ocasion protectora de los amantes, se presentaba, la rústica belleza seria suya. Su esperiencia de avezado galanteador le daba de ello la certeza i no pudo menos que lanzar a Remijio una mirada triunfante cuando uno de los compañeros le dijo con sorna:

—Qué tal el agua, ¿Apagaste la sed?

Retorciéndose el rubio bigote contestó sentenciosamente:

—Dios sabe mas i averigua ménos.

Al caer la tarde el pozo quedó terminado. Tenia cuatro metros de hondura i dos de diámetro i del fondo el agua borbotaba

lentamente. Los obreros se apartaron de allí i se fueron a la sombra del corredor a preparar la armadura de madera destinada a impedir el desmoronamiento de las frágiles paredes de la escavacion. Remijio se quedó un instante para arreglar un desperfecto de la polea i cuando terminada la compostura iba a seguir tras sus compañeros, la falda azul de Rosa entrevista a través del ramaje de la cerca lo hizo mudar de determinacion i cojiéndose de la cuerda se deslizó dentro del agujero.

La jóven, que no lo habia visto, iba a cojer algunas hortalizas para la merienda i pensaba echar al paso una mirada a la obra i ver si ya el agua empezaba a subir.

Remijio, de pié, arrimado a la húmeda muralla aguardaba callado e inmóvil. Rosa se acercó con precaucion hasta el borde de la abertura i miró dentro. La presencia del mozo la sorprendió, pero luego una picaresca sonrisa asomó a sus labios. Alargó

la mano, cojió la cuerda cuya estremidad estaba arriba atada a una estaca i de un brusco tiron hizo subir el balde hasta la polea i lo mantuvo allí enrollando el resto del cordel en uno de los soportes del travesaño.

El obrero no trató de impedir aquella maniobra. Habia alcanzado a percibir el fugaz rostro de la jóven cuando se inclinaba hácia abajo i aquella broma le pareció un síntoma favorable en su desairada situacion. Alzó la vista i se quedó esperando con impaciencia el resultado de la jugareta.

De pronto oyó una exclamacion ahogada i algo semejante al rumor de una lucha vino a interrumpir el silencio de aquella muda escena. Enderezóse como si hubiera visto una serpiente i aguzando el oido se puso a escuchar con toda su alma. Una voz armoniosa, blanda como una queja murmuraba frases entrecortadas i suplican-

tes i otra mas grave i varonil la respondia con un murmullo apasionado i ardiente. El ruido pareció alejarse en direccion del huerto, el postigo se cerró con estrépito, las hojas secas crujieron como el lecho blando i muelle que recibe su carga nocturna i todo rumor se apagó.

Remijio se puso pálido como un muerto crispáronse sus músculos i sus dientes rechinaron de furor. Habia reconocido la voz de Valentin i en un acceso de cólera salvaje se revolvió como un tigre dentro del pozo, golpeando con los puños las húmedas paredes i dirijiendo hácia arriba miradas enloquecidas por la rabia i la desesperacion.

De improviso sintió que desgarraba sus carnes la hoja de un agudísimo puñal. Un grito lijero, rápido como el aleteo de un pájaro habia cruzado encima de él. Toda la sangre se le agolpó al corazon, empañárose sus ojos i un roja llamarada lo deslumbró.....

Y mientras por la atmósfera cálida i sofocante resbalaba la acariciadora i rítmica sinfonia de los ósculos fogosos e interminables, Remijio, dentro del hoyo sufría las torturas del infierno. Sus uñas se clavaban en su pecho hasta hacer brotar la sangre i el pedazo de cielo azul que percibía desde abajo le recordaba la vision de unos ojos claros, límpidos i profundos cuyas pupilas húmedas por las divinas embriagueces reflejarían en ese instante la imájen de otros ojos que no era la sombría i tenebrosa de los suyos.

Por fin los goznes de la puertecilla rechinaron i un cuchicheo rápido al que siguió el chasquido de un beso hirió los oídos del prisionero, quien un instante despues sintió los pasos de alguien que se detenía al borde de la cavidad. Una sombra se proyectó en el muro i una voz burlona profirió desde arriba una frase irónica i sangrienta que era una injuria mortal.

Un ruido se escapó del pecho de Remigio, palideció densamente i sus ojos fulgurantes midieron la distancia que lo separaba de su ofensor quien soltando una risotada desató la cuerda i la dejó deslizarse por la polea.

El primer impulso del preso fué precipitarse fuera en persecucion de su enemigo, pero un súbito desfallecimiento se lo impidió. Repuesto un tanto iba a emprender el ascenso cuando una lijera trepidacion del suelo producida por un caballo que, perseguido por un perro, pasaba al galope cerca de la abertura, hizo desprenderse algunos trozos de las paredes i la arena subió hasta cerca de sus rodillas, sepultando el balde de hierro. El temor de perecer enterrado vivo sin que pudiera saciar su rabiosa sed de venganza, le dió fuerza i ágil como un acróbata se remontó por la cuerda tirante i se encontró fuera de la escavacion.

Una vez libre, se quedó un instante inde-

ciso acerca del rumbo que debía seguir. En derredor de él la llanura se extendía monótona i desierta bajo el cielo de un azul pálido que el sol teñía de oro en su fuga hácia el horizonte, El ambiente era de fuego i la arena abrasaba como el rescoldo de una hornada inmensa. A un centenar de pasos se alzaban las blancas habitaciones de los obreros rodeadas de pequeños huertos protegidos por palizadas de ramas secas.

¡Qué suma de trabajo i de paciencia representaba cada uno de aquellos cercados! La tierra, acarreada desde una gran distancia, era estendida en ligeras capas sobre aquel suelo infecundo cual una materia preciosa cuya conservacion ocasionaba a veces disputas i riñas sangrientas.

Remijio, preso de una tristeza infinita, paseó una mirada por el paisaje i lo encontró tétrico i sombrío. El caballo cuyo paso cerca del pozo había estado a punto de producir un hundimiento galopaba aun, allá

lejos, levantando nubes de polvo bajo sus cascos. Pero el recuerdo de las ofensas se sobrepuso mui pronto, en el mozo, al abatimiento i el aguijon de la venganza despertó en su alma inculta i semi bárbara las furias implacables de sus pasiones salvajes.

Ningun suplicio le parecia bastante para aquellos que se habian burlado tan cruelmente de su amoroso deseo i se juró no perdonar medio alguno para obtener la revancha. I engolfado en esos pensamientos se encaminó con paso tardo hacia las habitaciones. A pesar de que el amor se habia trocado en odio sentia un deseo punzante de encontrarse con la jóven para inquirir en su rostro, antes tan amado, las huellas de las caricias del otro.

Mui luego atravesó el espacio vacio que habia entre el pozo i los primeros huertos. En ese dia de fiesta, en medio de las mujeres i de los niños, los hombres iban i venian por los corredores con el pantalon de paño

sujeto por el cinturón de cuero i la camiseta de algodón ceñida al busto amplio i fuerte. Por todas partes se oían voces alegres gritos i carcajadas, el ladrido de un perro i el llanto desesperado de alguna criatura.

Frente al cuarto de Rosa, el padre de ésta i varios obreros trabajaban con ahinco en la armadura de madera que debía sostener los muros de la escavación. Remigio se detuvo en el ángulo de una cerca desde el cual podía ver lo que pasaba en la habitación de la jóven quien delante de la puerta, con los torneados brazos desnudos hasta el codo, retorcia algunas piezas de ropa que iba estrayendo de un balde puesto en el suelo. Valentin, apoyado en el dintel en una apostura de conquistador, le dirigía frases que encontraban en la moza un eco alegre y placentero. Su fresca risa atravesaba como un dardo el corazón de Remigio, á quién la felicidad de la pareja no hacía sino aumentar la ira que hervía en su pecho. En el rostro

de la jóven habia un resplandor de dicha i sus húmedas pupilas tenian una espresion de languidez apasionada que acrecentaba su brillo i su belleza.

Estrujada la última pieza de tela, Rosa cojió el balde i se dirijió a uno de los cercados seguida de Valentin que llevaba en la diestra un rollo de cordel. El rubio moceton ató las estremidades de la cuerda en las puntas salientes de dos maderos ayudando en seguida a suspender de ella las prendas de vestir. Sin adivinar que eran espia-dos proseguian su amorosa plática al abrigo de las miradas de los que estaban en el corredor, cuando de súbito Valentin percibió a veinte pasos, pegada a la cerca, la figura amenazadora de su rival i queriendo hacerle sentir todo el peso de la derrota i la plenitud de su triunfo, rodeó con el brazo izquierdo el cuello de la jóven i, echándole la cabeza atras, la besó en la boca. Despues la habló al oido misteriosamente.

Remijio que contemplaba la escena con mirada torva vió a la moza volverse hácia él con rapidez, mirarlo de alto a abajo i soltar, enseguida, una estrepitosa carcajada. Luego, desasiéndose de los brazos que la retenian echó a correr acometida por una risa loca

El ofendido mozo se quedó como enclavado en el sitio. Una llamarada le abrasó el rostro i enrojació hasta la raiz de los cabellos. Cegado por el coraje avanzó algunos pasos tambaleándose como un ebrio.

En direccion al pozo caminaba Valentin cantando a voz en cuello una insultante copla:

El tonto que se enamora
Es un tonto de remate
Trabaja i calienta el agua
Para que otro tome el mate.

Remijio con la mirada estraviada lo siguió. Solo un pensamiento habia en su cerebro: matar i morir i en el paroxismo de

su cólera se sentia con fuerza para acometer a un gigante.

Valentin se habia detenido al borde de la escavacion i tiraba de la cuerda para hacer subir el balde, pero viendo que la arena que lo cubria hacia inútiles sus esfuerzos se deslizó al fondo para librarlo de aquel obstáculo. Remijio al verlo desaparecer se detuvo un momento, desorientado, mas una siniestra sonrisa asomó luego a sus labios i apretando el paso se acercó a la abertura i desató la cuerda la cual se escurrió por la polea i cayó dentro del hoyo. El obrero se enderezó: su enemigo quedaba preso i no podria escaparsele. ¿Mas como rematarlo? Sus ojos que escudriñaban el suelo buscando un arma, una piedra, se detuvieron en las huellas del caballo, despertándose en él de pronto un recuerdo, una idea lejana. ¡Ah! si pudiera lanzar diez, veinte caballos sobre aquel terreno move-dizo! I a su espíritu sobrexitado acudieron

estrañas ideas de venganza, de torturas, de suplicios atroces. De improviso se estremeció. Un pensamiento rápido como un rayo habia atravesado su cerebro. A cincuenta metros de allí, tras uno de los huertos habia una pequeña plazoleta donde un centenar de obreros se entretenian en diversos juegos de azar: tirando los dados i echando las cartas. Oia distintamente sus voces, sus gritos i carcajadas. Allí tenia lo que le hacia falta i en algunos segundos ideó i maduró su plan.

El dia declinaba, las sombra de los objetos se alargaba mas i mas hácia el oriente cuando los jugadores vieron aparecer delante de ellos a Remijio que con los brazos en alto en ademan de suprema consternacion gritaba con voz estentórea:

—¡Se derrumba el pozo! —Se derrumba el pozo!

Los obreros se volvieron sorprendidos i los que estaban tumbados en el suelo se

pusieron de pié bruscamente como un resorte. Todos clavaron en el mozo sus ojos azorados, pero ninguno se movia. Mas, cuando le oyeron repetir de nuevo:

—¡El pozo se ha derrumbado! Valentin está dentro! comprendieron i aquella avalancha humana, rápida como una tromba, se precipitó hacia la escavacion.

Entretanto, Valentin, ignorante del peligro que corria, habia estraído el balde, el cual por no ser allí necesario le habia sido reclamado por la madre de Rosa. La caída de la cuerda no le causó sorpresa i la achacó al impotente despecho de su rival cuyos pasos habia sentido arriba, pero no se alarmó por ello porque de un momento a otro vendrian a colocar la armadura de madera i quedaria libre de su prision. Mas, cuando oyó el lejano clamoreo i la frase “se derrumba el pozo” llegó distintamente hasta él, sintió el aletazo del miedo i la amenaza de un peligro desconocido hizo encojérsele el

corazon. El tropel llegaba como un alud. El obrero dirigió a lo alto una mirada desfavorida i vió con espanto desprenderse pedazos de la paredes. La arena se deslizaba como un líquido negro i espeso que se amontonaba en el fondo i subia a lo largo de sus piernas.

Dió un grito terrible, el suelo se conmovió súbitamente i un haz apretado de cabezas, formando un círculo estrecho en torno de la abertura, se inclinó con avidez hácia abajo.

Un alarido ronco se escapaba de la garganta de Valentin.

—Por Dios, hermanos, sáquenme de aquí!

La arena le llegaba al pecho i, como el agua en un recipiente, seguia subiendo con intermitencias, lenta i silenciosamente.

En derredor del pozo la muchedumbre aumentaba por instantes. Los obreros se oprimian, se estrujaban, ansiosos por ver lo

que pasaba abajo. Un vocerío inmenso atornaba el aire. Oíanse las órdenes mas contradictorias. Algunos pedían cuerdas i otros gritaban:

—¡No, no, traigan palas!

Habiase pasado debajo de los brazos de Valentin un cordel del cual los de arriba tiraban con furia; pero, la arena no soltaba la presa, la retenia con tentáculos invisibles que se adherían al cuerpo de la víctima i la sujetaban con su húmedo i terrible abrazo.

Algunos obreros viejos habian hecho inútiles esfuerzos para alejar a la ávida multitud cuyas pisadas removiéndolo el suelo no harian sino precipitar la catástrofe. El grito “el pozo se derrumba” habia dejado vacias las habitaciones. Hombres, mujeres i niños, corrían desalados hacia aquel sitio coadyuvando así sin saberlo, al siniestro plan de Remijio, quien con los brazos cruzados, feroz i sombrío, contemplaba a la distancia el éxito de la estratagemá.

Rosa pugnaba en vano por acercarse a la abertura. Sus penetrantes gritos de angustia resonaban por encima del clamor jeneral, pero nadie se cuidaba de su desesperacion i la barrera que le cerraba el camino se hacía a cada instante mas infranqueable i tenaz.

De pronto un movimiento se produjo en la turba. Una anciana desgredada, despavorida, hendió la masa viviente que se separaba silenciosa para darle paso. Un jemido salia de su pecho:

—¡Mi hijo, hijo de mi alma!

Llegó al borde i sin vacilar se precipitó dentro del hoyo. Valentin clamó con indelible terror:

—¡Madre sáqueme de aquí!

Aquella marea implacable que subía lenta, sin detenerse, lo cubria ya hasta el cuello i de improviso como si el peso que gravitaba encima hubiese sufrido un aumento repentino se produjo un nuevo desprendi-

miento i la lívida cabeza con los cabellos erizados por el espanto desapareció, apagándose instantáneamente su ronco grito de agonía. Pero, un momento despues, surgió de nuevo, los ojos fuera de las órbitas i la abierta boca llena de arena.

La madre escarvando rabiosamente aquella masa movediza habia logrado otra vez poner en descubierto la amoratada faz de su hijo i una lucha terrible se trabó entonces en derredor de la rubia cabeza del agonizante. La anciana, puesta de rodillas, con el auxilio de sus manos, de sus brazos i de su cuerpo rechazaba, lanzando alaridos de pavor i de locura, las arenosas ondas que subian, cuando el último hundimiento tuvo lugar. La corteza sólida carcomida por debajo se rompió en varios sitios. Los que estaban cerca de los bordes sintieron que el piso cedia súbitamente bajo sus pies i rodaron en confuso monton dentro de la hendidura. El pozo se habia ce-

gado, la arena cubria a la mujer hasta los hombros i sobrepasaba mas de un metro por encima de la cabeza de Valentin.

Cuando despues de una hora de esforzada i ruda labor se estrajo el cadáver, el sol habia ya terminado su carrera, la llanura se poblaba de sombras i desde el occidente un inmenso haz de rayos rojos, violetas i anaranjados, surjia debajo del horizonte i se proyectaba en abanico hácia el cenit.





JUAN FARIÑA (1)

(Leyenda)

Sobre el pequeño promontorio que se interna en las azules aguas del golfo se ven hoy las viejas construcciones de la mina de....

Altas chimeneas de cal i ladrillo se levantan sobre los derruidos galpones que cobijan las maquinarias, cuyas piezas roídas por el orin descansan *inmóviles sobre sus basamentos de piedras*. Los émbolos ya no avanzan ni retroceden dentro de los cilindros, i el enorme volante detenido en su carrera parece la rueda de un vehículo atascado en

(1) Primer premio en el Certámen de *La Revista Católica*. 1903.

aquel hacinamiento de escombros carcomidos por el tiempo.

En lo mas alto, dominando la líquida inmensidad, la cábria destaca las negras líneas de sus maderos entrecruzados en el fondo azul del cielo como una cifra siniestra i misteriosa. En las agrias laderas, las casas de los obreros muestran sus techos hundidos i por los huecos de las puertas i ventanas, arrancadas de sus goznes, se ven las blanqueadas paredes llenas de grietas de las desiertas habitaciones.

Algunos años atras ese paraje solitario era asiento de un poderoso establecimiento carbonífero i la vida i el movimiento animaban esas ruinas donde no se escucha hoi otro rumor que el de las olas, azotando los flancos de la montaña.

Densas columnas de humo se escapaban entónces de las enormes chimeneas i el ruido acompasado de las máquinas, junto con el subir i bajar de los ascensores en el pique,

no se interrumpian jamas. Miétras allá abajo en las habitaciones escalonadas en la falda de la colina las voces de las mujeres i los alegres gritos de los niños se confundian con el ruido del mar en aquel sitio siempre inquieto i turbulento.

En una mañana de Enero, en tanto que la máquina lanzaba sus jadeantes estertores i las blancas volutas del vapor se desvanecian en el aire tibio convirtiéndose en lluvia finísima, un hombre subia por el camino en direccion a la mina. Era de elevada estatura i por su traje cubierto por el polvo rojo de la carretera parecia mas bien un campesino que un obrero. Un saco atado con una correa pendia de sus espaldas i su mano derecha empuñaba un grueso baston, con el que tanteaba el terreno delante de si.

Mui en breve aquel desconocido se encontró en la plataforma de la mina, donde pidió lo llevaran a presencia del capataz. Este, que en ese instante se dirijia al pozo

de bajada, se detuvo sorprendido ante el inválido visitante:

—Amigo, díjole, yo soi el que buscas, ¿quién eres i qué es lo que deseas?

—Me llamo, Juan Fariña, i quiero trabajar en la mina, fué la breve contestacion del interpelado.

Los presentes se miraron i sonrieron.

—¿I de qué deseas ocuparte?—prosiguió en tono un tanto burlon el capataz.

—De barretero, —respondió tranquilamente el ciego.

Un murmullo partió del grupo de obreros que rodeaban el borde del pique i algunas carcajadas comprimidas estallaron.

—Camarada, dijo el capataz, contemplando la férrea musculatura del postulante, sin duda no será fuerza lo que te haga falta, pero para ser barretero hai que tener buen ojo i un ciego como tú no servirá para el caso.

—Nada veo, repuso, pero tengo buenas manos i no me asusta ningun trabajo.

—Quedas aceptado, dijo el capataz, despues de un instante de vacilacion: un ciego que no pide limosna i desea trabajar merece ser bien acogido; puedes empezar cuando gustes.

—Mañana a primera hora estaré aquí, respondió el orijinal personaje i se alejó, pasando con la cabeza erguida i las blancas pupilas fijas en el vacio por entre la turba de obreros que contemplaban admirados sus anchos hombros i su musculoso cuerpo de atleta.

En la mañana del siguiente dia, Juan Fariña, con la blusa i pantalon del minero, una pequeña cesta con la merienda en una mano i el baston en la otra, penetraba en la jaula en compañía de un capataz i varios trabajadores. Todos cubríanse la cabeza con la tradicional gorra de cuero i en todas ellas, escepto en la del ciego, sujetas a la visera brillaban encendidas pequeñas lámparas de aceite.

A una señal del jefe, la jaula se hundió súbitamente en el abismo negro del que subía un vaho ligero que se condensaba en cristalinas gotas a lo largo de los flexibles cables de acero.

Terminado el descenso se internaron en la mina, siguiendo los oscuros corredores, por los que el ciego caminaba con la seguridad de un minero experimentado. Sus acompañantes admiraban aquella especie de instinto que le hacía adivinar los obstáculos i evitarlos con pasmosa sagacidad. Su baston era un antena que se movía ajilmente en todas direcciones, tocando las paredes, el suelo i la techumbre de las galerías, que a medida que avanzaba se inclinaban mas i mas, obligándole a encorvar su alta estatura i a rozar con sus espaldas las escabrosidades de la roca.

En breve abandonaron las galerías de arrastre i penetraron en las canteras donde se estrae el mineral. Arrastrándose en al-

gunos sitios sobre las manos i las rodillas, internáronse en aquellos estrechos túneles, subiendo i bajando rapidísimas pendientes. Por todas partes se oía un golpear incesante: al ruido sordo del pico mordiendo el venero, mezclabase el son mas claro del martillo sobre la barrena. A veces una violenta imprecacion rasgaba aquel ambiente irrespirable, impregnado de humo i de polvo de carbon; quejidos hondos i un resoplar continuo de bestias fatigadas salian de aquellos agujeros en medio de las tinieblas, en las que aparecian i desaparecian las luces fujitivas de las lámparas como fuegos fátuos en las sombras de la noche.

Despues de media hora de penosa marcha se detuvieron ante una pequeña escavacion abierta la vena. De forma rectangular, mui baja i angosta, medía apénas un metro de alto, i en sus negras paredes, heridas por los rayos mortecinos de las lámparas, las

agudas aristas del carbon tomaban tintes azulados i brillantes.

Despues de de escuchar silencioso las indicaciones del capataz, el nuevo obrero penetró resueltamente en la estrecha abertura i mui luego su fatigosa respiracion i el golpe seco i repetido del acero se confundieron con el sordo rumor que llenaba las galerías, los chiflones i las lóbregas *revueltas*.

Desde aquel dia quedó Fariña incorporado al personal de la mina, conquistándose mui luego la reputacion de obrero inteligente i valeroso. La deferencia con que era tratado por los jefes i su caracter huraño i retraido le enajenaron las simpatías de sus camaradas, quienes no podian comprender que aquel ciego prefiriese los trabajos i miserias del minero a la vida libre i sin afanes del mendigo. Aquello no era natural i debia encerrar algun misterio.

Intrigados vijiláronlo estrechamente, escudriñando sus pasos i sus menores accio-

nes. Su pasado fué objeto de una minuciosa pesquisa, que no dió resultado alguno. Nadie sabia quien era ni de donde venia i respecto de su ceguera las opiniones estaban divididas. Habia quienes aseguraban que aquellas inmóviles pupilas cubiertas de una tela blanquecina arrojaban en la oscuridad destellos fosforescentes como los del gato i que aquel ciego no lo era, sino en pleno dia, a la luz del sol. Otros, i eran muy pocos, sostenian lo contrario i para aclarar el punto sometian al infeliz a las mas bárbaras pruebas. Ya era una vagoneta volcada en medio de la vía, que le interceptaba el paso, o un madero atravesado a la altura de su cabeza, contra el cual chocaba violentamente; mientras alambres invisibles se enredaban entre sus piernas i lo derribaban en el lodo negro i viscoso de las galerias.

El tiempo trascurria i el desconocido obrero apasionaba cada vez mas los ánimos dentro de la mina. Estraños rumores empe-

zaron a circular acerca de su trabajo en las canteras de estraccion. Todos los dias a la salida del sol se hallaba junto al pique listo para bajar i era siempre de los últimos en tomar el ascensor para regresar a su solitaria habitacion en la falda de la colina.

Durante aquellas quince horas de ruda faena arrancaba del filon un número de vagonetas superior al mínimun reglamentario. Aquello desconcertaba a los mas esforzados barreteros, pues en aquel sitio el mineral era duro i consistente i el mejor de ellos jamas habia alcanzado un éxito semejante.

Este hecho robusteció en la crédula imaginacion de aquellas sencillas jentes la creencia de que Fariña era un sér extraordinario. Contábase de él que solo iba a la mina a dormir i que un socio cuyo nombre no se atrevian a pronunciar, desprendia de la vena el carbon necesario para completar la tarea del dia. I no era un misterio para nadie que por las noches, cuando quedaba

la mina desierta, se oía en la cantera maldita un redoble furioso que no cesaba hasta el alba. Aquel obrero infatigable, del que se hablaba en voz baja i temerosa, no era sino el Diablo que vagaba dia i noche en las profundidades de la mina, dando golpes misteriosos en las canteras abandonadas, precipitando los desprendimientos de la roca i abriendo paso a traves de grietas invisibles a las traidoras exhalaciones del grisú.

Dos viejos mineros encargados de vijilar por las noches los corredores de ventilacion se habian aproximado cautelosos al sitio de donde partia el insólito rumor, deteniéndose asombrados ante la presencia de un barretero desconocido que en el fondo de la cantera del ciego atacaba briosamente el bloque negro i quebradizo. Un chorro de grisú encendido que brotaba de una grieta del techo esparcia una claridad de incendio en derredor del fantástico per-

sonaje, delante del cual la hulla lanzaba *reflejos extraños i sus caprichosas facetas* resplandecían como azabache pulimentado ante la llama azulada del temible gas.

Los testigos de aquella escena veían amontonarse el carbon con asombrosa rapidez delante del incógnito i noturno obrero, cuando de pronto un pedazo arrancado con fuerza del inmoble bloque derribó dos trozos de madera de revestimiento apoyados en la pared, los que al caer el uno sobre el otro, formaron por una *extraña casualidad* una cruz en el húmedo suelo del corredor.

Un terrible estallido atronó la bóveda i una ráfaga de aire azotó el rostro de los dos obreros clavados en el sitio por el espanto, desapareciendo súbitamente la infernal vision.

A la mañana siguiente ambos fueron encontrados desvanecidos en el fondo de una galería mal ventilada i desde ese instante

nadie dudó en la mina de que un tenebroso pacto ligaba al aborrecido ciego con el espíritu del mal. A la antipatía que le profesaban los mineros se agregó luego un supersticioso temor i a su paso apartábanse presurosos, persignándose devotamente. Sus vecinos en la cantera abandonaron sus *labores* trasladándose a otro sitio i el carretillero encargado del arrastre de las vagone-
tas se negó a efectuar ese trabajo, viéndose obligado Fariña para no abandonar la faena a ser barretero i carretillero a la vez.

Sea por aquel exceso de trabajo cuya abrumadora fatiga hubiera quebrantado la mas robusta constitucion, o por otra causa desconocida, su taciturnidad aumentó de dia en dia i su musculoso cuerpo fué perdiendo poco a poco aquel aspecto de fuerza i de vigor que contrastaba tan notablemente con la débil contextura de los mineros, esos proscritos del aire i de la luz que llevaban impresa en sus rostros de cera la

nostalgia de los campos alumbrados por el sol.

Un decaimiento visible se operaba en él i los obreros que lo observaban atribuíanlo a que el término del nefando pacto debia de estar próximo i era una verdad no discutida que un suceso extraordinario de que talvez iban a ser en breve testigos, se preparaba dentro de la mina, dando mas fuerza a aquellas suposiciones la conducta cada vez mas estraña del ciego. Se le veia frecuentemente abandonar la cantera i penetrar en las galerías poco frecuentadas, dejando por las noches su vivienda solitaria para vagar como un fantasma por la orilla del mar, i, sentándose a veces en las piedras de la ribera pasaba horas tras horas, oyendo el murmullo eterno del oleaje como un viejo lobo que descansara de sus correrías por el océano.

¿Qué pensaba en esos instantes i qué dolor oculto guardaba su alma cerrada a

toda afección? Como el oríjen de su ceguera, nadie lo supo jamas. *aquí*

Pronto iba a cumplir un año en la mina, i el misterio de su vida permanecía impenetrable. Entre los varios rumores que circularon acerca de él habia uno del que nadie se acordaba ya. Los mineros mas antiguos recordaban vagamente que muchos años atras, víctima de una de las frecuentes esplosiones de grisú, pereció en la mina un obrero quedando moribundo un hijo de dieciseis años que lo acompañaba. A consecuencia de aquella desgracia la mujer del infeliz i madre del niño perdió la razon, ignorándose en absoluto el destino del muchacho. Los que recordaban esos hechos creian ver en el rostro de Fariña, vestijios de antiguas quemaduras; pero las cosas no pasaron de allí i el misterio subsistió siempre.

Los mineros veían en aquel ciego un enemigo de su tranquilidad i de la existencia

de la mina misma. De un hombre que tenia pacto con el Diablo no podia esperarse nada bueno i los alarmistas anunciaban toda clase de males para lo futuro, citándose de él para apoyar aquellos siniestros presajios algunas enigmáticas palabras pronunciadas despues de un derrumbe que habia quitado la vida a varios trabajadores:

—Cuando yo muera la mina morirá conmigo, habia dicho el misterioso ciego.

Para muchos aquella frase encerraba una amenaza i para otros un vaticinio que no tardaria en cumplirse.

En la semana que precedió a la gran catástrofe Fariña obtuvo la plaza de vijilante nocturno de aquella seccion de la mina donde trabajaba, empleo cuyo desempeño le era relativamente fácil, pues la principal tarea consistia en recorrer las compuertas de ventilacion.

En la noche del extraordinario suceso se presentó como de costumbre en el pique a

la hora reglamentaria: las nueve en punto marcaba el reloj de la máquina cuando penetraba en la jaula i desaparecia en el pozo de bajada.

Era aquel un día festivo i la mina estaba desierta. El tiempo se mostraba tempestuoso, espesas nubes entoldaban el cielo i el viento norte, soplando con violencia en lo alto de la cábria, hacia jemir el maderámen sacudiendo los cables a lo largo de los niveles. El mar estaba ajitado i tumultuoso i la resaca elevaba su ronca voz entre los arrecifes de la costa.

El maquinista, con una mano en el regulador i la otra en el freno, seguia con atencion la manecilla del indicador. La máquina trabajaba a gran velocidad, pues la tarea estaba reducida a estraer el agua del pozo por medio de grandes cubos suspendidos debajo de las jaulas ascensoras I junto al borde del pique un obrero armado de un largo gancho de hierro abria las compuer-

tas colocadas en el fondo de aquellos, las que daban paso a el agua que se escurria por el canal de desagüe. Esos dos hombres i el fogonero, que se tostaba en el departamento de las calderas, eran los únicos que a esa hora velaban en la mina.

Fariña entre tanto, habia dejado el ascensor i caminaba por la galeria central, esquivando los obstáculos con la soltura peculiar en él.

Frente a la puerta del departamento de los capataces se detuvo i, haciendo saltar la cerradura penetró al interior; cojió de un armario arrimado a la pared cierto número de paquetes pequeños i cilíndricos que sepultó en los bolsillos de su blusa i, apoderándose en seguida de un saquete de pólvora i de algunos rollos de guías, abandonó la estancia internándose en las profundidades de la mina.

Marchaba presuroso, deslizándose sin ruido por entre las hileras de vagonetas vacias

i pronto dejó a un lado las arterias principales para penetrar en una galería abandonada, que solo servia de corredor de ventilacion.

Ese paraje habia sido siempre objeto de una vijilancia especial de parte de los ingenieros. Situada debajo del mar, las filtraciones eran abundantísimas en aquella galería i la amenaza de un hundimiento era una idea que preocupaba a los jefes i operarios desde muchos años atras. A traves de la delgada capa de terreno llegaban hasta aquel sitio los rumores misteriosos del océano, percibiéndose distintamente el ruido de las palas de las hélices que azotaban las olas, pues la galería cortaba oblicuamente la ruta de los vapores que tocaban en el puerto. Considerables trabajos de revestimiento se habian llevado a cabo para evitar que el fondo del mar cediese bajo la presion de las aguas. En el sitio donde las filtraciones eran mas copiosas, gruesas vigas que

descansaban sobre sólidas pilastras, sostenían la techumbre. Junto a uno de estos soportes detúvose Fariña, estrayendo detras de él una enmohecida barrena de carpintero.

Seis de aquellos pilares estaban perforados a la altura de un metro. Con ayuda de la barrena quitó el ciego la arcilla que disimulaba los agujeros i con la calma i seguridad del que ejecuta una operacion largo tiempo meditada introdujo en cada uno de ellos un cartucho de dinamita con su correspondiente guia, formando con aquellas largas mechas, todas de una misma dimension, un solo haz, cuyas estremidades igualó cuidadosamente; i atándolas en seguida con un bramante, vertió encima del grueso nudo una parte del saquete de pólvora, trazando con el resto un reguero en el piso, de algunos metros de lonjitud. El principal trabajo estaba terminado i el autor de aquella obra ignorada i terrible se irguió i alargando el

brazo, dió en el húmedo techo algunos golpes con la ferrada punta de su baston como si quisiese calcular el espesor de la roca sobre la que gravitaba la masa movable del océano.

Despues de un instante se inclinó de nuevo: en su mano derecha brillaba un fósforo encendido i un reguero de chispas recorrió velozmente el suelo, convirtiéndose de pronto en una intensa llamarada que iluminó los sitios mas recónditos de la galería. El siniestro personaje retrocedió entonces una veintena de metros por el camino que habia traido, quedándose inmóvil con los brazos cruzados en medio del corredor. Delante de él un leve chisporroteo interrumpia apénas aquel silencio de muerte, cuando súbitamente un estampido seco retumbó como un trueno i uno de los pilares cortado en dos voló en astillas bajo la negra bóveda. Segundos despues una terrible esplosion empujaba violentamente el aire i un

enorme monton de maderos destrozados interceptó la galería. Por unos instantes se oyeron los chasquidos de la roca, seguidos de bruscos desprendimientos: primero trozos pequeños que rebotaban sordamente en la derribada mampostería, i luego despues, como el tapon de una botella vacía, sumergida en aguas profundas, cedió de un sólo golpe la techumbre del túnel: lívidos relámpagos serpentearon un momento en la oscuridad i algo semejante al galope de pesados escuadrones resonó con pavoroso estruendo en los ámbitos de la mina.

Afuera la tempestad desencadenada bramaba con furia i el viento i el mar confundian sus voces irritadas en un solo sostenido i fragoroso. El maquinista, de pié en la plataforma de la máquina, fijaba una mirada soñolienta en el indicador i en el brocal del pozo, junto al cual el obrero del gancho de hierro ejecutaba su tarea temblando de frio bajo sus húmedas ropas. Ambos habian

creído sentir entre el ruido de la borrasca rumores estraños que parecían venir de abajo, del fondo del pique, creyendo ver a veces que los cables perdían su tensión como si el peso que soportaban disminuyese por alguna causa desconocida.

Durante aquellas largas horas los dos hombres fijaban en el cubo que subía una mirada ansiosa con la vana esperanza de ver que el chorro líquido disminuyese o cesase por completo. ¡Cuan ajenos estaban de que el agua que se escurría por la ladera del monte i se mezclaba con la del mar no hacía sino volver a su depósito de orijen!

Hácia el amanecer disminuyó la fuerza de la tempestad i el obrero que se hallaba junto al pozo sintió de pronto en el canal de desagüe fuertes golpes, como si algo viviente se agitase en él. Acercose al sitio de donde partía aquel ruido estraordinario i se quedó perplejo, mudo de estupor, a la vista de un objeto que parecía lanzar relámpagos

i que se azotaba violentamente junto a la rejilla del canal. Tomó con presteza un candil colgado en una de las vigas de la cábria i su sorpresa se convirtió en espanto: lo que saltaba allí dentro era un pez vivo, una corvina de plateado vientre.

Entre tanto, el maquinista se impacientaba esperando las señales reglamentarias i sus voces imperiosas dominaban el ruido del viento cada vez mas flojo a medida que avanzaba el día.

Por fin, el remiso obrero, reapareció en la plataforma, llevando suspendido por la cola el pez que contraía violentamente su viscoso cuerpo. El de la máquina, viendo aquel objeto que se movía en la mano de su compañero, gritó desde lo alto:

—¿Qué pasa, Juan, qué es lo que hai?

—Nada, que estamos achicando el mar, fué la breve respuesta que hirió sus oídos.

Pasados algunos minutos, el pito de alarma sonaba en la mina por última vez,

poniendo en conmocion a sus dormidos moradores i el vapor, el aliento vital de aquel organismo de hierro, abandonaba para siempre los cilindros i calderas, escapándose por las válvulas abiertas en medio de silbidos ensordecedores.

Los trabajadores acudian i se agrupaban consternados en torno del pique, contemplando silenciosos a los ingenieros que por medio de sondajes comprobaban el desastre. De vez en cuando resonaban sordos chasquidos subterráneos producidos por los derrumbes de las obras interiores. El agua del mar llenaba toda la mina i subia por el pozo hasta quedar a cincuenta metros de los bordes de la escavacion.

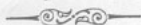
El nombre de Fariña estaba en todos los labios i nadie dudó un instante de que fuera el autor de la catástrofe que los libertaba para siempre de aquel presidio donde tantas jeneraciones habian languidecido en medio de torturas i miserias ignoradas.

*
* *

Todos los años en la noche del aniversario del terrible accidente que destruyó uno de los mas poderosos establecimientos carboníferos de la comarca, los pescadores de esas riberas refieren que cerca del escarpado promontorio, en la ruta de las naves que tocan en el puerto, cuando suena la primera campanada de las doce de la noche en la torre de la lejana iglesia, fórmase en las salobres ondas un pequeño remolino hirviente i espumoso, surjiendo de aquel embudo la formidable figura del ciego con las pupilas fijas en la mina desolada i muerta.

Junto con la última vibracion de la campana se desvanece la temerosa aparicion i una mancha de espuma marca el peligroso sitio, del que huyen velozmente las barcas

pescadoras impulsadas por sus ágiles remeros ¡ai! de la que se aventure demasiado cerca de aquel Maelstron en miniatura, pues atraída por una fuerza misteriosa i zarandeada rudamente por las olas, se verá en riesgo inminente de zozobrar.





CAZA MAYOR

En el llano dilatado i árido los rayos del sol tuestan la yerba que crece entre los matorrales, cuyos arbustos raquíticos entrelazan sus ramas débiles i rastreras con las retorcidas espirales de las parásitas de hojas secas i polvorosas.

En las sendas desnudas abrasa la arena negra i gruesa, i entre los matojos óyese el ruido que producen las culebras i lagartijas que hartas de luz i de calor se deslizan buscando un poco de sombra entre el escueto ramaje de las murtillas i los tallos de los cardos erguidos i reseços.

Con el cuerpo inclinado i el fusil entre las manos temblorosas, el Palomo, un vie-

jecillo pequeño i seco como una avellana, a pasos cortos sobre sus piernas vacilantes, sigue los rastros que las pisadas de las perdices dejan en la arena calcinada de los senderos.

Nadie como él para distinguir entre mil la huella fresca i reciente i conocer si la pieza es un macho o una hembra, un pollo o un adulto. Solo, sin deudos que amparen su desvalida ancianidad, con el producto de la caza satisface apénas sus mas premiosas necesidades.

Los rayos del sol, cayendo a plomo sobre sus espaldas encorvadas, hacian mas penosa su marcha sobre aquel suelo blando i movedizo. Su fatiga era grande i aun no habia disparado un tiro cuando de pronto se irguió, deteniéndose ante un grupo de espinos i de litres achaparrados: el rastro tan pacientemente seguido terminaba allí. Rodeó el matorral, observando el suelo con atencion para cerciorarse de que el ave no

se habia escurrido por otro lado i levantando el gatillo, atisbó por entre las ramas, estirando el cuello i empinándose en la punta de los piés.

Los tres dedos marcados en la arena i proyectados hácia adelante como abanico indicaban un soberbio macho.

Sus ojos inquietos i vivaces que registraban cada hoja, cada tallo de yerba, descubrieron mui pronto el pico amarillo i la oscura cabeza asomando por la bifurcacion de una rama. El cuerpo, del color de la hoja seca, se adivinaba mas bien que se veia oculto entre la hojarasca. Apuntó con detencion i tiró el gatillo: una magnífica perdiz con las plumas medio chamuscadas por el fogonazo ocupó su sitio en el morral vacío.

Alegre i satisfecho se dispuso en seguida a cargar el fusil cuyo mohoso cañon de una lonjitud i calibre desmensurados estaba unido a la caja por ligaduras de cordel i

de bejuco. Un trozo de madera fijado en un agujero a la estremidad del vetusto instrumento hacia las veces de mira, trozo que habia que renovar despues de cada disparo, pues éste se llevaba por delante el pedazo del interior que le servía de base i mui a menudo la eficacia del tiro se debió a este improvisado proyectil mas mortífero que un simple perdigon. Con el uso el agujero se habia agrandado i el grosor de la mira crecido en proporcion. Al apuntar la vista se encontraba con un monolito tras el cual no se veria un elefante.

La gravedad solemne con que cargaba el arma demostraba la importancia que daba a esta operacion. Destapado el frasco de pólvora vertia en la palma de la mano el polvo negro i lustroso i aproximando la boca del cañon vaciábalo despacio, soplando cuidadosamente los granos adheridos a la piel seca i rugosa. Atacaba con calma el manojo de yerba que servía de taco i lue-

go en el hueco de la mano contaba meticulosamente los Doce Pares, doce perdigones redondos i relucientes a fuerza de resregarlos entre sus dedos como objetos preciosos, i dos a dos para establecer bien la cuenta precipitábalos dentro del tubo descomunal. Por último, tomando un perdigon mas grueso que los demas, ántes de soltarlo trazaba con él la señal de la cruz en la boca del cañon: era Cárlo Magno que iba a hacer compañía a sus caballeros.

Terminada la tarea i cegado por la deslumbradora claridad que irradiaba de lo alto, con una mano delante de los ojos a guisa de pantalla, exploraba el horizonte indeciso acerca de la direccion que debia seguir, cuando el silbido de la perdiz que levanta el vuelo i que crispa los nervios del mas flemático lo hizo volverse con presteza. A su derecha, en una lijera depresion del terreno percibió distintamente el ave abatiéndose con rápido aleteo. En algunos mi-

nutos salvó la distancia i aproximándose cauteloso, con infinitas precauciones, siguiendo la pista grabada en la arena descubrió la pieza agazapada entre los cardos. Apoyó la culata en el hombro i soltó el tiro. Aun no se disipaba el humo del disparo en la atmósfera abrasada cuando un bulto rojizo pasó a su lado como una tromba i rozó sus piernas que vacilaron, dando un tras-pies.

Lanzó un grito de sorpresa i de cólera: —¡Quita allá Napoleon! Pero, ya era tarde: la perdiz a la cual la mira habia atravesado el cuello, acababa de desaparecer en las fauces de un enorme perro de presa de color leonado.

Pasado el primer momento de estupor, con el fusil en alto se abalanza sobre el intruso i lleno de coraje menudea los golpes que el ladron esquiva con gran facilidad, dando bruscos saltos entre las matas sin soltar la presa. Fatigado i jadeante se de-

tuvo, apoyándose en el cañon de su vieja carabina. A la cólera habia sucedido la angustia dolorosa que se experimenta ante una pérdida irreparable. ¡Una pieza tan hermosa, manjar de príncipe, engullida por aquel soez animalucho! Sus ojos se humedecieron i cambiando de táctica con temblona voz que se esforzaba en hacer cariñosa repetia:

—Napoleon, buen perro, venga acá hijito.

Entre tanto el buen perro husmeaba el suelo, recojiendo las migajas del festin i terminado el banquete asomó por entre la hojarasca el hocico erizado de plumas, relamiéndose golosamente i fijando en el cazador atontado sus ojos relucientes como brasas pareció mui dispuesto a corresponder sus demostraciones de afecto. De un salto salió de la espesura i con aire regocijado, meneando con vivacidad el rabo diminuto, fué a restregar el hocico para desprender las plumas en las piernas poco sólidas del vejete.

Ante el cinismo i la desvergüenza de que hacia gala aquel mal bicho sintió que le volvia el coraje i por un instante solo ideas de sangre i de esterminio brotaron de su cerebro enardecido. Dábanle ímpetus de vaciar en el arma el frasco de pólvora i la bolsa entera de perdigones i en seguida descerrajar aquel tiro atroz sobre el infame bandido, aventándolo en el aire.

Pronto se aplacó, el amo del perrazo era el mayordomo de la hacienda, hombre autoritario i brutal que hubiera vengado cruelmente cualquiera ofensa hecha a su favorito.

La aficion del dogo por las perdices era de época reciente i databa del dia en que una de estas aves herida al vuelo por certero disparo fué a caer entre sus patas. El bocado debió de saberle a gloria porque a partir de allí, oír un escopetazo i salir disparado, era todo uno.

Ese dia atraído por el primer tiro ha-

bia llegado a tiempo para aprovecharse del segundo.

El viejo descorazonado i triste, sin pensar en el desquite se alejaba con tardo paso de aquel infausto sitio cuando de pronto se detuvo sorprendido. El morral habia triplicado su peso. Echó una rápida ojeada por encima del hombro i sus grises ojillos relampaguearon. El dogo, cojiendo delicadamente con los dientes el saco trataba de desprenderlo del cordon que lo sujetaba. ¡Dios santo! que ira le acometió: irguió su pequeña talla i tomando el fusil por el cañon tiró con brio de traves un culatazo a la maldita bestia, pero solo hirió el aire, sus débiles piernas incapaces de resistir el impulso del pesado armatoste se doblaron i cayó cuan largo era entre la maleza, arañándose cruelmente manos i rostro.

Por largo tiempo permaneció acurrucado en el suelo con el arma entre las piernas, miéntras discurría en el medio de librarse

del intruso que, sentado en sus cuartos traseros, a dos pasos de distancia, lo miraba con descaro, con aire entre sorprendido i contrariado por la tardanza en proseguir la caza interrumpida. Abriendo la ancha boca bostezaba con gruñidos sordos de impaciencia i creyendo que la actitud del cazador era debida a un olvido momentáneo, quiso recordarle sus deberes con el ejemplo.

Como el perdiguero de raza, meneando con rapidez el rabo corto y grueso, el hocico pegado al suelo, resoplando ruidosamente se metió por entre la maleza, levantando nubes de diucas i chincoles i poniendo en fuga a los lagartos que dormitaban entre las hojas. De vez en cuando se detenía; alzaba la cabeza, dirigiendo una mirada al viejo inmóvil i emprendía de nuevo la tarea con mayores brios.

Por fin éste se levantó i, como dando por terminada la cacería, púsose el fusil al hombro i echó a andar con actitud indiferente

por los sitios mas áridos i descubiertos. Mas la estratajema no surtía efecto. El dogo lo seguia con la cabeza baja, de mala gana, pero sin apartarse de sus talones. Exasperado por aquella obstinada persecucion tentó un último recurso: dejó caer con disimulo el arma a un lado de la senda i con las manos en los bolsillos, como un desocupado que se pasea para estirar las piernas, siguió andando sin volver la cabeza. El ardid tuvo un éxito decisivo: despues de un cortotrecho Napoleon, lanzandole al pasar una mirada de reojo tomó la delantera; se alejaba al trote con el rabo caido i las orejas gachas, sin mirar atras.

Por fin estaba libre i restregándose los ojos, como quien despierta de una pesadilla, vió desaparecer jubiloso al maldito animal. Aun era tiempo de recuperar lo perdido i esforzándose en vencer el cansancio i la fatiga, recobró el fusil i se internó en un bosquecillo de boldos i de arrayanes. Las

perdices acosadas en el llano por el calor debian haber buscado un refugio en la espesura. No se engañaba; por todas partes se veian numerosos rastros. Púsose a la obra con afan, escudriñando los troncos carcomidos i rejistrando los rincones sombríos bajo las hojas verde esmeralda de los bóquil, sin que lo distrajese el ruido de ramas rotas que creia oir a cada instante entre la maleza. Sin duda seria alguna raposa interrumpida en su siesta que abandonaba la guarida con su paso inquieto i cauteloso.

Su constancia se vió en breve recompensada: una perdiz avanzando imprudentemente la cabeza, lo espiaba detras de un tronco. Alargó el brazo i oprimió el disparador. Tras el estampido, apartáronse violentamente la ramas i apareció la cabeza del dogo con las orejas tiasas i rectas. De un salto cayó sobre la perdiz i empezó a triturarla entre sus poderosas mandíbulas. El arma se escapó de las manos del

vejete. El asombro, la cólera, el dolor i el desaliento mas profundo se pintaron en su rostro. Se sintió vencido, sin fuerzas para la lucha i una honda congoja sobrecojió su ánimo atribulado. ¡Qué podía él, viejo decrepito, arrojado de todas partes como fardo inútil, contra aquel fiero i formidable enemigo capaz de estrangularlo de una sola dentellada!

Resignado recojió el fusil i, miéntras vaciaba su última carga de pólvora, dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus enjutas mejillas i pasando a traves del cano bigote humedecieron sus labios: eran amargas como la hiel.

Todo a su alrededor era salvaje i agreste. Calijinosos vapores elevábanse por el lado del mar sobre las dunas en reposo. Ni un grano de arena resbalaba por sus pardas laderas que la inmovilidad del aire detenía en su avance interminable por la llanura sin límites. El espacio inundado de luz

contrastaba con el suelo apizarrado de vegetacion lánguida i escasa del que se exhalaba un hálito de fuego, Agobiado por el calor ascendia penosamente la rápida escarpa para alcanzar la carretera, cuando un súbito tiron lo hizo jirar sobre sí mismo i perdiendo el equilibrio vino a tierra con estrépito. Incorporóse a medias: por el talud descendia gallardamente Napoleon, llevando el morral pendiente de la boca. Una llamarada brotó de los ojos apagados del viejo i la sangre en oleadas hirvientes se agolpó a su corazon i a su cerebro, devolviéndole por un instante el vigor de la juventud. ¡Jamás su pulso habia sido tan firme ni su ojo tan certero!... Un estrepitoso aullido contestó a la detonacion: el dogo soltó el morral i con los pelos del lomo erizados como púas desapareció entre los matorrales. Pasado el primer estallido de la cólera, sintió el anciano que la sangre se helaba en sus venas i un enervamiento profundo

embargó todo su ser. Su alma de siervo experimentó un desfallecimiento supremo. Creyó haber cometido un enorme crimen i lo figura del amo enfurecido se presentó a su imaginacion produciéndole un escalofrio de terror. Dirigió una mirada al llano, i allá léjos percibió al dogo atravesando los arenales: iba con una prisa endemoniada: inscrustado en el nacimiento del rabo llevaba a Carlo Magno i diseminados en el lomo bajo la hirsuta piel, los Doce Pares. Como el corzo que presiente la jauría, se levantó con vigoroso impulso i encorvado como nunca, arrastrando sus pesados pies, desapareció tras un recodo en el camino polvoriento.





INDICE

	Pájas
	— — —
Y Los Inválidos.....	1
Y La Compuerta núm. 12.....	19
X El Grisú.....	37
√ El Pago.....	83
√ El Chiflon del Diablo.....	109
El Pozo.....	137
Juan Fariña.....	179
Caza Mayor.....	207

